revista española de sexología

2001 EXTRA DOBLE Nº 103-104

HISTORIAS SEXUALES

Havelock Ellis

Estudios Universitarios de Postgrado de Sexología
Publicaciones del Instituto de Sexología
Madrid

revista española de sexología

2001 EXTRA DOBLE Nº 103-104

HISTORIAS SEXUALES

Havelock Ellis

Estudios universitarios de Postgrado de Sexología
Publicaciones del Instituto de Sexología
Madrid

INTRODUCCIÓN

Havelock Ellis, junto con Hirschfeld y Bloch, constituyen la primera generación de teóricos que iniciaron lo que en términos científicos se conoce como sexología moderna.

La segunda generación de sexólogos, formada tras el paso de la hegemonía europea a la norteamericana, será la de Kinsey y Masters y Johnson. El hilo conductor entre ambas generaciones es, como ha señalado Paul Robinson, el proceso de la modernización del sexo o, como hemos expuesto por nuestra parte de forma más explícita, la construcción de una teoría y una lógica moderna de los sexos así como la pragmática que se deriva de ella.

Una de las más significativas aportaciones de esta modernización —por otra parte común en ambas generaciones— es la acentuación del axioma de Ellis que puede formularse así: antes de considerar algo como anómalo o patológico es preciso ahondar y detenerse en el análisis de sus condiciones de normalidad como fenómeno que, por ser desconocidas o no consideradas pueden inducir a error en su consideración y, obviamente, en su enfoque y tratamiento.

Una formulación más explícita podría ser ésta: el estudio detenido del fenómeno de los sexos ofrece más variedades objeto de atención que trastornos objeto de tratamiento. Ellis lo ha escrito textualmente: "La consideración patológica se ha extendido; pero el estudio de los fenómenos normales como tales fenómenos —y no ya, ni sólo, como problemas— ofrece otros horizontes en este campo".

Historias sexuales *versus* historias clínicas

El dispositivo más plástico para concretar este axioma fue ofrecido por Ellis con su interés por las historias sexuales por encima de las historias clínicas.

Las historias clínicas representaban —y representan— el instrumento a través del cual se materializaba un modelo de trabajo con respecto a los problemas sexuales. Se trata, como es bien sabido, de un modelo consagrado en otros campos, traído al de la sexología desde ellos. Frente a ese modelo y ese instrumento, Ellis plantea un instrumento que responde a otro modelo.

La prisa por el tratamiento, la urgencia por el recurso a las historias elaboradas con enfermos, especialmente de los internados en instituciones manicomiales aquejados de perturbaciones o detenidos por delitos relacionados con asuntos genitales, llevó a extender el modelo patológico de una forma general fusionó la vida sexual con la morbosidad en términos científicos como antes lo había sido en términos morales. El recurso de la historia clínica, lejos de ser un simple recurso instrumental, sirvió para la generalización de ese modelo en su totalidad.

Tanto Ellis, como Bloch y Hirschfeld, en la primera generación, así como Kinsey y Masters y Johnson en la siguiente, siguieron un modelo de estudio diferente en el cual, lejos de las historias clínicas, utilizaron historias sexuales de sujetos no enfermos, cada uno de ellos con formas diferenciadas de los otros, pero con ese rasgo común: no se trataba de historias clínicas al uso sino de historias sexuales.

Resulta muy significativo constatar que ha sido precisamente desde esos parámetros desde donde, tanto en la primera como en la segunda generación de sexólogos, se han podido perfilar los principales pasos dados en el siglo XX en la modernización sexual. Se trata, en todos ellos, de recursos y modelos ajenos al formato clínico tradicional. El

esfuerzo por integrar a Masters y Johnson en él por parte de las adaptaciones e interpretaciones desde sucesivos intentos ha terminado incluso por hacer creer que el modelo de Masters y Johnson es un modelo médico, cuando la realidad está lo más ajeno a él, por más que se lo haya hecho aparentar por razones profesionales o, mejor dicho, laborales.

En todo caso el recurso a las historias sexuales, al margen de las historias clínicas, merece más atención por parte de los sexólogos.

La muestra que ofrecemos

La muestra que se ofrece en esta monografía corresponde a ese recurso de *historias sexuales demandadas* iniciado por Havelock Ellis, a través de las cuales se trataba de hacerse una idea de cómo los sujetos se planteaban su sexualidad y cómo, en concreto, se la explicaban en el desarrollo de su propia biografía.

Se trata de historias sexuales correspondientes a los años inmediatamente últimos del siglo XIX y primeros del XX. No es fácil cuantificar el volumen que Ellis llegó a reunir. En ocasiones habla de algunos centenares, en otras de miles, según va utilizando el material en sus obras. Pero no es tanto la indicación estadística la que puede ser de interés, cuanto la cualitativa como cambio de óptica y condición de estudio del mismo fenómeno sexual.

La presente muestra ha sido tomada de los apéndices correspondientes a los volúmenes III, IV y V de su *Summa sexológica*, tal como aparecieron en la versión castellana de la Editorial Marín en 1913. La edición completa y definitiva data de 1938, un año antes de la muerte de Ellis, en la Randon House.

E. Amezúa

1ª Parte

Historias sexuales aparecidas en el Apéndice B del Vol. III

Es un hecho muy notable que aunque durante muchos años se intentó seriamente dilucidar la psicología de las perversiones sexuales, se ha procurado muy poco o nada estudiar el desarrollo normal de las emociones sexuales. Parece que todos los escritores dan por sabido que ellos y sus lectores están tan familiarizados con todos los hechos comunes que suceden que no les interesa ningún estudio detallado o se contentan con escribir algunas observaciones fragmentarias, tomadas de misceláneas extractadas de obras de anatomía, de filosofía y de historia.

Sin embargo, no hay razón para suponer conocidos los fenómenos normales aquí ni en ninguna otra región científica. El conocimiento de tales fenómenos es tan necesario como la fisiología para la patología o la anatomía para la cirugía. Lejos de ser uniformes y constantes los hechos del desarrollo normal del sexo, las emociones y las necesidades sexuales, como se supone por aquellos que consideran innecesaria su discusión, el campo de variación dentro de los límites normales es inmenso, y es imposible encontrar dos individuos cuyos recuerdos sean completamente idénticos.

Hay dos razones fundamentales para intentar un esfuerzo a fin de obtener una base amplia de información precisa sobre la materia. En primer lugar, los fenómenos normales son la clave de los anormales y la mayoría de las perversiones sexuales, incluyendo las más repulsivas, no son más que exageraciones de los instintos y emociones que se hallan en germen en los seres humanos normales. En segundo lugar no podemos ni conocer lo que es normal hasta que conozcamos la vida sexual de un gran número de individuos sanos. Y hasta que no conozcamos esto no estamos en disposición de dar reglas razonadas de higiene sexual.

Por estas razones he tratado, desde hace algún tiempo, de obtener historias sexuales, y más especialmente historias de los primeros años de hombres y mujeres, que *prima facie,* puedan considerarse, o en todo caso ellos se consideran, realmente sanos y normales.

Hay muchas dificultades para esta materia, dificultades que son evidentes. La primera de todas es la natural repugnancia a revelar hechos de carácter tan íntimamente personal. Existe, además, la gran ignorancia y falta de inteligencia que hacen que los fenómenos resulten oscuros para el sujeto mismo. Cuando se ha vencido la primera dificultad y no existe la segunda, hay todavía una falta de motivos suficientemente poderosos para emprender la narración y una incapacidad para valorar tales recuerdos. Me han prometido y ofrecido muchas historias que nunca han llegado a mi poder. Sin embargo, he obtenido un cierto número, algunas de ellas de mucho valor e instructivas, y espero obtener más aún. En la presente obra publico algunas de estas historias, escogiendo las más variadas y típicas.

► *Historia I.—H. T.* (Reproduzco esta historia escrita en tercera persona, tal como ha llegado a mis manos.) Los recuerdos primeros de T., referentes a ideas de carácter sexual, están vagamente asociados con recuerdos de flagelación aplicada a compañeros suyos por sus padres, y algunas veces a su propia persona. Próximamente a la edad de siete años se representaba en ocasiones el aspecto de las piernas desnudas y los órganos genitales de los muchachos durante la flagelación. Las reflexiones sobre el azotamiento dieron lugar a ligeras y curiosas sensaciones en la base del abdomen y en los nervios del sistema sexual. El espectáculo de un muchacho azotado con las piernas desnudas le produjo una erección antes de la edad de nueve años. No puede dar cuenta de estas excitaciones, porque en aquella época no conocía los hechos más rudimentarios del sexo. La desnudez del niño no tenía atractivo para él, mientras que el azotamiento excitaba su indignación contra la persona que lo aplicaba. T. conocía a un muchacho y a una muchacha de su misma edad, cuyas imaginaciones se preocupaban algo morbosamente por la flagelación. Los tres acostumbraban a hablar juntos sobre tal castigo, y la muchacha gustaba de leer "historias en que se hablara de azotes". Ninguno de los tres niños se deleitaba con la crueldad; la fascinación del castigo parecía consistir en la vista de las desnudeces, aunque el presenciar tales castigos les entristecía al mismo tiempo.

T. tenía la costumbre de ver a una hermana suya más joven cuando se bañaba, no experimentando ninguna curiosidad por la diferencia de sexos, hasta la edad de nueve años. Por aquel tiempo le preguntó a su padre de dónde venían los niños, contestándole que se callara. Cuando insistió en la pregunta le amenazó su padre con un tirón de orejas. Su madre le dijo más adelante que los médicos traen los niños a las madres. El creyó esto, tanto que esperó con afán la llegada del médico, que fué cuando su madre "iba a tener un nuevo niño", con la esperanza de verle cuando le llevara en un fardo en el brazo. Cuando tenía nueve años hizo la misma pregunta a una criada de dieciséis años, que se burló de él y le dijo que un día le enseñaría de donde venían los niños. Un domingo llevó esta criada a T. a dar un paseo por el campo y le inició en el acto sexual, diciéndole que era demasiado joven para ser padre; pero que de aquella manera era como se hacían los niños. La muchacha le llevó a un campo, diciéndole que ella le ensenaría a hacer una cosa que le haría "sentir como si estuviera en el cielo", contándole que ella lo había hecho a menudo con algunos jóvenes. Luego consiguió ponerle en erección y le enseñó cómo debía hacer. El experimento un sentimiento de disgusto; el aspecto y el olor de los órganos femeninos le produjeron repugnancia. Sin embargo, después deseó repetir el experimento con muchachas de su misma edad. Viendo que el muchacho era inofensivo, la muchacha tomó la posición masculina y le abrazó con gran pasión. T. recuerda la expresión de la cara de la muchacha, la transpiración de su frente, y la pregunta en voz baja de si le daba gusto. El abrazo duró unos diez minutos, cuando la muchacha le dijo que "estaba contenta". Poco después, el mismo día encontraron a una muchacha, de diez ó doce años, prima de su criada. Los tres se fueron a un sitio retirado de la playa. La criada propuso que T. repitiera el acto con la muchacha. T. era muy tímido, aunque la muchacha parecía dispuesta y experimentada. La mayor dijo a la más joven que esperase a algunos metros de distancia. mientras que ella practicaría el acto otra vez. La criada le dijo a T. que no se lo dijera a nadie. Después de aquel día no se repitió el acto con la criada; y él, por vergüenza, cumplió su promesa durante muchos años.

Después de este episodio empezó T. a reflexionar sobre las cosas sexuales, y a observar el emparejamiento de los perros con mucho más

interés. A los diez años no podía dormir oyendo a una joven de veinticinco que cantaba acompañándose al piano. La voz femenina le parecía muy hermosa, y le impresionó tanto que se enamoró de ella y deseó abrazarla sexualmente. Este cariño secreto era mucho más romántico que sexual, aunque la idea de abrazar a la mujer le parecía a T. una parte natural de la novela. Comenzó a atribuir al sexo femenino cualidades angélicas. El recuerdo de su aventura con la criada ya no le producía repulsión, sino más bien placer. Pensaba que si ahora volviera a encontrarla la querría mas y comprendería mejor las cosas. En aquella época no se había masturbado, ni oído hablar de tal cosa. Un día, jugando con una muchacha de su misma edad. consiguió sobreponerse a la timidez de ella, y la indujo a que se dejara ver, descubriendo él al mismo tiempo sus partes genitales. En aquella ocasión, y una vez después, consiguió penetrar en la vulva, experimentando él y ella un placer incompleto.

En el colegio, a donde fué enviado a los diez años, aprendió T. las frases vulgares para. los órganos sexuales, y adquirió el hábito de una masturbación moderada. Conversaciones groseras y bromas indecentes sobre el sexo contrario eran diversiones comunes en los ratos de recreo y en los dormitorios. Al principio las conversaciones obscenas le eran muy desagradables; luego se fué acostumbrando a ellas, por más que le extrañara el que la intimidad sexual fuera motivo de bromas ridículas.

Empezó a leer novelas amorosas y a pensar mucho en las muchachas. Al mismo tiempo aprendió en qué consistía el "pecado de fornicación", y se extrañaba de que fuera considerado como odioso. Ciertos pasajes de la Biblia, que condenaban las relaciones carnales entre los solteros, le alarmaron. Dotado de una naturaleza tan seria como emocional y amorosa, se convirtió al evangelio. Su madre le aconsejaba que se apartara de sus obscenos compañeros de colegio, y él trató de conducirse como cristiano pensando tan sólo cosas paras acerca de las mujeres. Las conversaciones versaban siempre, sin embargo, sobre las muchachas y el amor. Su espíritu estaba imbuido de ideas poéticas de naturaleza sexual, pues las experiencias sexuales tenían firme arraigo en su imaginación, porque le aseguraban el conocimiento real de cosas simplemente imaginadas por la mayor parte de sus compañeros.

Su salud era grande y soportaba con vigor todos los juegos callejeros, sobresaliendo por su osadía en todas las tretas de los escolares.

A los doce años se enamoró profundamente de una muchacha de la misma edad. Nunca experimentó un poderoso deseo sexual por ella, y nunca intentó más que besarla y acariciarla castamente. Gustaba pasear y estar a su lado, con su mano entre las suyas, acariciando sus suaves cabellos. Sintió gran pesar cuando se separó de ella. Sus pensamientos eran rara vez sensuales. Un año después, próximamente, sintió una pasión temporal por una mujer de treinta años, que coqueteó con él y le permitió que la besara. T. la consideraba como una reina y deseaba ser su caballero.

Un día vió, durante un momento, en casa de un amigo, una muchacha de trece años, triste y al parecer muy seria, que le produjo una profunda impresión, y aunque no hablaron ni una palabra, pensó luego mucho en ella. Cinco años después volvió a encontrarla, y los dos se sintieron mutuamente atraídos uno hacía otro. La propuso que se casaran, confesándola que le inspiraba una pasión desesperada. Una negativa fundada en sus pocos años, le produjo un profundo pesar. Ocho años después se casaron y fueron los dos felices con el matrimonio.

Cuando tenía quince años conoció a una linda rubia de la misma edad. Era una muchacha, muy viva y retozona. Pronto fueron muy amigos, y después amantes. Se escribieron ambos muchas cartas y cambiaron entre si varios regalos. Sus conversaciones sobre el amor eran por demás libres. Un día ella le dijo que había sido abrazada sexualmente por un amante anterior, un chico de dieciséis años; y manifestó deseo de que T. hiciera lo mismo. Este amor duró seis meses. Los amantes tuvieron muchas ocasiones para sus relaciones clandestinas. Acostumbraban, a satisfacer su pasión en un sitio de un bosque que ellos llamaban "su domicilio". Algunas veces uno ú otra experimentaban remordimientos de conciencia; pero estaban demasiado apasionados para romper sus relaciones. Por fin la muchacha empezó a sentir temores de quedar embarazada, y cesaron de verse. Reflexionando después sobre este episodio

T. afirma que aquel afecto y su expresión física parecían completamente naturales, poéticos y hermosos, aunque a veces sus principios religiosos condenaran su proceder. Ahora piensa que ni él ni la muchacha deben arrepentirse de la experiencia. Era una pasión sana, tan inocente como la unión de los pájaros, y el conocimiento que les dió a ambos respecto de las ocultas emociones de la naturaleza humana, fué moralmente ventajoso durante el resto de su vida

T. cree que su precocidad amatoria fué debida al prematuro despertar de los sentimientos sexuales producido por la criada. Pero cree también que la pasión amorosa se hubiera arraigado en él muy pronto, porque tiene un temperamento ardiente, tenía un gran poder eréctil antes de la pubertad, y una capacidad seminal considerable. Habiendo observado estrictamente los efectos de la represión de las emociones normales y de los deseos en la juventud en la época de la pubescencia, asegura que tal represión es desastrosa, porque es origen de pensamientos malsanos y contribuye al hábito de la masturbación que puede persistir durante toda la vida. Cree que la intimidad sexual temporal entre los jóvenes y las muchachas menores de veinte años, desde el periodo de la pubertad, sería menos perjudicial que la separación de los sexos hasta el matrimonio, con sus resultados, la masturbación, el histerismo, el desarreglo de las funciones en las jóvenes, la seducción, la prostitución, las afecciones venéreas y muchos otros males.

► *Historia II.*—La relación siguiente fue escrita por una señora casada. "Mi madre (que era una mujer muy apasionada y atractiva) considero lo difícil que es para las jóvenes inglesas un matrimonio ventajoso, y determinó, en lo posible, librarnos de toda decepción, encauzando nuestros pensamientos en dirección diferente. Teóricamente la idea era quizás buena, pero en la práctica se demostró que no lo era. Los deseos naturales estaban allí. El desengaño y la desilusión siguieron a su represión a pesar de haber sido alterada su forma natural. Yo creo que el amor que tenía por mi madre era casi sexual, porque el estar con

ella me producía un vivo placer, mientras que el estar lejos de ella me producía un profundo dolor. Acostumbraba a hablarnos sobre todas las materias; pero nunca se preocupó de nuestra educación en el verdadero sentido. Cuando yo tenía nueve años sólo había aprendido a leer y escribir. Nunca nos prohibió ninguna clase de lectura; pero si por azar nos vió con algún libro que no era de su agrado, acostumbraba a decir: "Yo creo que es una necia historia, ¿no lo crees así?" Estábamos tan deseosas de tener su mismo gusto, que en seguida imaginábamos que también nosotros lo creíamos necio. De la misma manera nos desilusionaba acerca del amor o del matrimonio, no diciéndonos nada impropio o contra ello, sino manifestando gran desprecio por las muchachas que pensaban en amantes, etc. Hasta la edad de veinte años tuve una idea vaga de que el amor era bueno para las mujeres ordinarias, pero muy por debajo de la dignidad de una persona tan superior como yo. Para demostrar lo poco que me preocupaba, puedo añadir que hasta los diecisiete años creía que una mujer podía tener un niño con sólo que un hombre la besara en los labios. De aquí toda esas historias acerca de los besos en la boca en las novelas.

Cuando tenía nueve años empecé a sentir un gran deseo por los conocimientos científicos. Una *Guía científica para los niños* que descubrí en una librería de lance (donde aprendí que el calor se debe a una sustancia llamada calórico) fue mi compañera constante. Para aprender algo sobre la luz y la gravitación economicé todo lo que pude para comprar los *Principios* de Newton, derramando lágrimas amargas cuando vi que no podía entender una palabra de él. Al mismo tiempo sentía una vergüenza horrible por aquel deseo de aprender. Yo adquiría tales libros como podía, a hurtadillas, y los escondía en los rincones más raros. No puedo explicarme el por qué, pues nadie me hubiera objetado, sino que, por el contrario, me hubiera ayudado a adquirir libros útiles.

Mis hermanas y yo éramos muy discutidoras, pero nuestras discusiones versaban sobre materias abstractas. Veíamos pocos niños y no hacíamos amistades, prefiriendo nuestra sociedad a las ajenas. Cuando yo tenía diez años, fué a pasar unos días con nosotros una muchacha de unos diez años. Cuando nos acostamos la primera noche, me preguntó si

alguna vez me había deleitado yo misma, por lo cual sentí gran aversión hacia ella. No había yo sentido ideas ni sensaciones sexuales. Sin embargo, siendo aun niña tuve ciertas excitaciones que ahora comprendo que eran sexuales. Tales sentimientos los tuve siempre en la cama (por lo menos no puedo recordar que los tuviese en otra parte), y generalmente iban acompañados de unos grandísimos deseos de hacer aguas. Durante mucho tiempo no me atrevía a salir de la cama por temor a que me riñeran por no dormir, y sólo lo hacía al final cuando era realmente obligada. Entretanto, la excitación sexual aumentaba también, y yo creo que lo último era resultado de lo primero, o quizás más bien, que ambas era la misma cosa. (Esto era cuando yo tenía siete u ocho años.) En cuanto puedo recordar, la excitación no cedía hasta que me había desahogado. Me parece recordar que me admiraba el que por pensar en ciertas cosas (no puedo recordar cuáles fueran) experimentaba necesidad de orinar. Con posterioridad he observado que si no vaciaba la vejiga antes del coito, el placer a veces era mucho más intenso. También tuve sensaciones, que ahora reconozco como sexuales, relacionadas con ideas de flagelación.

Tenía sentimientos religiosos muy fuertes (ahora me pregunto si podía creer realmente en la religión), de que carecían mis hermanas. Estos sentimientos eran los mismos que más tarde experimenté sexualmente: yo sentía por días lo que suponía que querría a mi marido si estuviese casada. Yo creo que esto es lo que ocurre generalmente. A los catorce años me mandaron al colegio, donde había setenta muchachas, entre los siete y los diecinueve. Creo que basta para demostrar que existe muy poca precocidad sexual en las muchachas inglesas, el que durante los tres años que permanecí en el colegio nunca oí una palabra que la madre más severa no pudiera tolerar a sus hijos. Una ó dos de las muchachas mayores eran, en ocasiones, algo sentimentales, pero en ninguna ocasión oí nada que se relacionara con la parte física. Lo atribuyo, particularmente, al gran ejercicio que hacíamos. Cuando recuerdo mi niñez siempre me veo corriendo, saltando vallas, encaramándome a los árboles. En Francia y en Italia me sorprendió mucho la gran quietud de los niños. Nuestras travesuras consistían, principalmente, en cenar en nuestras alcobas y deslizarnos por las escaleras cuando nos mandaban acostar. Lo primero

satisfacía nuestro natural apetito, mientras que con lo segundo suplíamos el arrojo necesario ante el temor de que nos castigaran.

No tuve amistades íntimas con otras muchachas, pero tomé gran cariño a una institutriz francesa. Tenía treinta años, y parecía un padre predicador, muy severa con todos y, sin duda, también conmigo, por miedo a demostrar favoritismo. Pero no era nunca injusta, y yo me sentía más bien orgullosa de su severidad. y tenia cierto placer en ser castigada por ella, consistiendo siempre el castigo en aprender algo de memoria, lo cual me gustaba hacer. De esta manera yo tenía mi conmoción, excitación, no sé cómo calificarlas, sin ningún grave inconveniente para mí. Pero antes de salir del colegio empezó a manifestarse el instinto sexual en forma de entusiasmo por el arte, siendo las novelas de Oueda las que contribuyeron a ello principalmente. Mi hermana y yo convenimos en dedicarnos a viajar por Francia, Italia y el continente, con un violín y las obras de Dante. Para poder hacer esto debíamos ser artistas, y decidí aprender música y llegar a ser un segundo Listz. Cuando mi padre nos ofreció llevarnos a Italia, la Meca de los artistas, durante dos años, nos alborotamos de alegría. Fuimos y empezó nuestra desilusión. Quizás parecerá absurdo, pero sufrimos terriblemente el primer verano. Nuestra quinta se hallaba situada en las costas, estando bañados por el Mediterráneo los puntos más bajos del terreno: a la parte de atrás había sitios que parecían un paraíso. Largas avenidas, cubiertas de vides y alfombradas de altas hierbas y adormideras, declives con olivos y coscoja, rosas por todas partes y flores con profusión, y por la noche gusanos de luz y delicioso aroma de jazmín y azahar. En medio de la mayor excitación de los sentidos faltaba una cosa, y no sabíamos lo que era.

Atribuíamos nuestra agitación y descontento al lento progreso de nuestra educación artística, y nos consolábamos pensando que, una vez dominadas las dificultades técnicas, estaríamos mucho mejor. Por lo demás, sentíamos un placer real por todas las bellezas artísticas y naturales, que tanto abundan en Italia.

Me parece que la manía por el arte es una de las fases modernas de la vida sexual de la mujer. Cuando estábamos en Italia los grandes

Centros del país estaban atestados de jóvenes que estudiaban el arte, y la mayor parte de ellas tenían muy poco talento, pero equivocadamente habían tomado la agitación debida al despertar del instinto sexual por la divina llama del genio. En nosotras no ocurría eso, pero nosotras no dependíamos de nuestras propias fuerzas.

Pero debe haber sido terrible para muchachas que habían quemado sus naves y escogido el arte como una carrera, teniendo que añadir a la represión de sus deseos naturales la amargura de conocer que, al escoger un modo de vivir, se habían equivocado. Las consecuencias no serían tan funestas si las pasiones, como les ocurre a los hombres, quedaran satisfechas. Es el trabajo constante combinado con el contratiempo al encontrar que el arte sólo no satisface, lo cual produce un efecto deprimente.

Además, la satisfacción sexual va siempre seguida de una exaltación de las facultades mentales, que, a mi entender, no produce una reacción depresiva; como ocurre en el placer excitado, tan sólo por causas mentales.

En aquel tiempo encontré un hombre de unos cuarenta y cinco anos, que se encaprichó de mi. Hago mención de esto, porque sirvió para despertarme; no me produjo ninguna emoción, pero por primera vez comprendí (tenia unos veinte años) que ya no era una niña, y que un hombre podía pensar en mi con amor. Después de esto, pero no inmediatamente después, comenzó a interesarme la sociedad de los hombres, y empecé a pensar que el amor de un hombre seria, después de todo, una cosa agradable.

El instinto sexual se desarrolló en mí lentamente, y de un modo que creo muy usual: religión, admiración por una mujer de más edad y arte. Con todo esto se encontraban mezclados sentimientos físicos muy fuertes, que eran idénticos a los que ahora se relacionan con la pasión, pero aquellos quedaban satisfechos completamente con la idea mental que les había excitado.

La primera vez que puedo recordar haber experimentado un agradable placer físico, fué cuando tenía siete u ocho años. No puedo recordar la causa, pero sé que estaba acostada en mi lecho agarrada a la cabecera del mismo. Puede decirse que no es un desarrollo muy lento, pero lo considero así por lo que hace referencia a la conexión de ninguna idea masculina y a los medios físicos de excitación.

Había tenido un gran deseo de instruirme, y creo que mis sensaciones sexuales no eran ajenas a esto. Una gran parte del cariño que sentía por mi madre, era debido a los grandes conocimientos que parecía poseer. La omnisciencia de Dios era para mi su atributo más admirable. La ilustración de mi institutriz francesa constituía su principal atractivo. Cuando, siendo una muchacha, pensaba en el matrimonio, deseaba un hombre que "me pudiera explicar todas las cosas". Más tarde se aprende a vivir la vida mental y la sexual, separadamente, en un grado más extenso, pero a los veinte años no podía yo hacerlo así; si se hubiera dado el caso, habría sufrido el engaño de Dorotea.

He hablado de los deprimentes efectos qué siguen al placer producido por una causa puramente mental, pero no creo que sea este el caso en la niñez ó en la primera juventud. (Quizás algunas mujeres no sientan esta depresión posterior, y esto puede explicar su frialdad hacia los hombres.) Esto puede también explicar por qué el hecho ocurre más raramente, y también es quizás un proceso natural antes de que los órganos sexuales se hallen plenamente desarrollados, y no tan poderosamente.

Siempre me parece difícil expresar los diferentes grados de excitación física, aunque sé exactamente lo que yo he sentido. Cuando niña, desde la primera sensación que ya he mencionado (a los siete u ocho años) y cuando joven, siempre llegué al segundo estado (la secreción de mucosidad). La cantidad de la secreción siempre fue excesiva, pero al principio sólo duraba un tiempo, corto; más adelante empezó a prolongarse durante varias horas, y aun algunas veces, durante toda la noche, si la natural satisfacción había sido reprimida por mucho tiempo (unos tres meses). No recuerdo haber sentido nunca el tercer estado (orgasmo

completo) hasta que vi al primer hombre a quien crees amar. No creo que las causas mentales solas hayan producido nunca más que los dos primeros estados (excitación general difusa y secreción). Algunas veces he dudado si podría producirme mecánicamente el tercer estado, pero he sentido una repugnancia invencible a tratar de experimentarle; me parecía que era materializarlo demasiado. Cuando niña y cuando joven me contentaba con llegar al segundo estado, regularmente, porque no sabía que había más, y quizás esta es la razón de por qué no he experimentado malos resultados.

El tercer estado me parece que lo sentí repentinamente en sueños, sin que tenga conciencia de haberlo provocado física ni mentalmente. No recuerdo, sin embargo, si tuve tales sueños antes de estar comprometida. Vinieron más tarde, y aun entonces, cuando experimenté gran placer, por regla general, venía repentina y violentamente, sin que fuera provocado por sueños. Generalmente, los sueños tenían un asunto triste, donde vanamente se busca la persona que nos excita. Tuve, sin embargo, algunas veces sueños agradables de hombres que me eran completamente indiferentes, y en los que nunca había pensado estando despierta. La impresión, al despertar, es tan fuerte, que podía una figurarse que estaba realmente enamorada de ellos. Me explico muy bien que llegue una persona a enamorarse de otra sólo por haber soñado con ella.

La primera vez que recuerdo haber experimentado el tercer estado, despierta, fue en una jira, cuando el hombre, de quien ya he dicho antes que creía estar enamorada, se apoyó casualmente en mí al pasar un plato o fuente; pero ya estaba en un violento estado de excitación por hallarme con él. No había posibilidad de que existiera nada entre nosotros, porque estaba casado. Nunca creo que comprendió mis sentimientos, porque hice todo lo posible para ocultárselos. Jamás experimenté esto, excepto al contacto de alguien a quien amé. (Creo que lo que se cuenta de las mujeres que apetecen los deseos de los hombres, es tan verdad como la mayor parte de los epigramas. Es la personalidad del hombre, únicamente, la que me afecta. Sus sentimientos hacia mí me son, iba a decir indiferentes, pero con seguridad de importancia secundaria; y la satisfacción de mi propia vanidad no entra para nada en tales relaciones.)

Por regla general, aún para llegar al segundo estado, las ideas excitantes deben estar asociadas con alguna persona en particular, excepto en el caso de una novela, en que una se identifica con alguno de sus personajes. En la niñez y en la primera juventud era, tratándose de religión, la idea de Dios y la personalidad de Dios la que suscitaba mis sentimientos, y siempre me parecían muy vivos. En el caso de mi institutriz, se excitaban exactamente de la misma manera que más adelante lo hubiera hecho un amante. En materia de arte soy más vaga para representar, como ocurría, pero creo, por regla general, había más bien un deseo de gozar que un goce verdadero. No recuerdo haber pensado nunca mucho sobre el sentimiento físico. Parecía natural que una emoción agradable produjera efectos físicos agradables, de la misma manera que un dolor produce lágrimas. Cuando uno es niño toma muchas cosas como ciertas, y mas tarde mi espíritu estaba tan ocupado pensando en la verdad de la religión, que no podía pensar en otras cosas para analizarlas detenidamente.

Puedo resumir mis propias sensaciones de la siguiente manera: primero, ideas excitantes que sólo producían, por regla general, el primer estado de excitación sexual; segundo, las mismas ideas, relacionadas con una persona particular, producían el segundo estado; tercero, lo mismo puede decirse de la presencia de la persona amada, y cuarto, parece necesario el contacto real para que se produzca el tercer estado. Si solo se llega al primer estado, la sensación no es realmente agradable, o lo sería sólo por sus asociaciones. Si se producen, como he observado algunas veces, por un sentido de incapacidad mental, es distintamente desagradable, especialmente si vemos que la energía que hemos empleado para combatir la dificultad se ha disipado. Si se produce, como puede ocurrir, como resultado de una restricción física o mental, es también desagradable, a menos de que la restricción proceda de una persona a quien amamos. Entonces, sín embargo, se llegaría, probablemente, al tercer estado; pero esto depende, en gran parte, de la condición propia. Si el primer estado solo fuera alcanzado, creo que sería desagradable, significaría un conflicto entre la propia voluntad y los sentimientos sexuales. Quizás las mujeres que sienten una repugnancia real por el acto sexual con

un hombre, al que aman, no han pasado nunca del primer estado, y en este caso me explico su adversión a él.

Algún tiempo después de que mi vida en Italia había llegado a un fin, entré en relaciones amorosas. Había grandes dificultades para el matrimonio; pero nos veíamos todos los días. Mi *prometido* comía con frecuencia en nuestra casa y estábamos juntos todos los días. El resultado de tan frecuentes visitas fué que caí en un estado de constante y fuerte, pero reprimida, excitación sexual. Esto ocurría particularmente cuando nos veíamos por la noche y vagábamos juntos por el jardín a la luz de la luna. Al cabo de tres meses, empecé a experimentar un sentimiento de disgusto después de cada una de sus visitas. El abdomen parecía que se hinchaba con una sensación de hinchazón o congestión; pero aunque estas sensaciones estaban íntimamente relacionadas con la excitación física, no eran lo suficientemente dolorosas para producirme alarma o para esforzarme en evitar su agradable causa. Los síntomas fueron empeorando, y no desaparecían tan rápidamente como al principio. La hinchazón aumentaba: un dolor considerable se apoderaba de mí en cuanto intentaba caminar, aunque fuera una distancia corta. Padecía indigestiones constantes, un peso en el pecho, dolor en la cabeza y en los ojos y constantemente una ligera diarrea. Esto duró por espacio de unos nueve meses, y entonces mi novio tuvo que realizar un viaje. Después de su partida me sentí un poco mejor, aunque persistieron los síntomas, si bien en forma menos aguda. Algunos meses después se rompieron nuestras relaciones, y durante unas semanas estuve gravemente enferma de *influenza* y tuve que guardar cama varias semanas. Cuando pude abandonar el lecho, aunque muy débil, toda la hinchazón había desaparecido, pero los dolores se presentaban cada vez que intentaba pasear o permanecer de pie largo rato. La indigestión y la diarrea eran también molestas. Un médico intentó curarme ambas cosas, pero sin conseguirlo. Próximamente un año después me comprometí con mi esposo y poco después nos casamos. La indigestión y la diarrea desaparecieron pronto. El dolor y la molestia en el abdomen me incomodaron al pasear y hacer cualquier clase de ejercicio. Un día leí por casualidad un libro de medicina, *Elementos de la ciencia social, y* encontré allí una descripción de síntomas parecidos a los que yo sufría, atribuyéndolos a enfermedades

uterinas. Entonces consulté con un doctor, diciéndole que creía que padecía un desplazamiento y una congestión. El confirmó mi opinión y me dijo que llevara un pesario. Atribuyó el desplazamiento al clima relajante, y me aseguró que, a su juicio, no me curaría por completo. Después de colocado el pesario desaparecieron los dolores, etc., etc. Un año después creí que podría prescindir del pesario, y con gran satisfacción no se presentó ninguno de los antiguos síntomas. Atribuyo los desórdenes a la violenta excitación sexual que no permitía su natural satisfacción y alivio.

Tengo razones para creer que la supresión de los actos es muy perjudicial para la capacidad mental de la mujer. Cuando la excitación se alivia naturalmente, el espíritu se dirige espontáneamente en otra dirección; pero cuando se la reprime no puede hacerlo. Personalmente, encontré la mayor dificultad para concentrar mis pensamientos y el esfuerzo mental llega a ser doloroso. Otras mujeres se me han quejado de lo mismo. He intentado trabajos mentales mecánicos, como resolver problemas aritméticos o algebraicos pero no es bueno; parece en definitiva que eso aumenta la excitación. (Puedo hacer constar que mis sensaciones son siempre muy fuertes, no sólo antes y después del período mensual, sino también durante él; desgraciadamente entonces no pueden ser satisfechos. Esto sólo se refiere a los deseos internos, porque soy sumamente susceptible a las influencias exteriores en cualquier tiempo.) Parece que no puede hacerse nada más que capear el temporal hasta que cesa. Durante el tiempo que dura no hago nada, y aún los quehaceres domésticos los hago mal. El cerebro parece vacío durante ese tiempo, al paso que cuando se satisface el deseo parece que adquiere mayor viveza y claridad. Quizás esta causa contribuye al poco trabajo intelectual o artístico de las mujeres, admitiendo su natural inferioridad respecto de los hombres, para los impulsos artísticos. Una mujer cuyas pasiones están satisfechas generalmente tiene su fuerza minada por la maternidad, mientras que su atención está atraída por ideas extrañas á sus hijos."

► ***Historia III.***— B. asegura que sus primeros pensamientos y actos sexuales estaban curiosamente relacionados, con la flagelación. A los doce años, él y otro muchacho acostumbraban á golpearse con un *cricket* las piernas desnudas, entregándose después a la masturbación mutua. No puede recordar el principio de sus pensamientos sexuales cuando niño, ni cómo aprendió la masturbación. Cuando tenía trece años discutía sobre asuntos eróticos con un condiscípulo que tenía relaciones carnales con una muchacha de la misma edad. El acto lo realizaban cuando iban desde casa a la escuela y permaneciendo en pie. B. tuvo con la muchacha relaciones del mismo modo. No se preocupa por el aspecto psicológico de la emoción sexual; Aunque sus pasiones sexuales se excitaron muy pronto, nunca tuvo relaciones con prostitutas. Cree que sus experimentos juveniles no produjeron ningún mal efecto mental, moral ni físicamente. Practicó la masturbación moderadamente hasta que se casó a la edad de treinta y un años.

► ***Historia IV.***— *"Puedo* recordar (escribe un sujeto), que a los cinco años, juntamente con otro muchacho, corríamos para ver las piernas a una muchacha; la idea partió del otro, pero yo estaba vagamente interesado. No recuerdo cómo ni a dónde fuimos para verlas, ni otra cosa más que la intención. A los seis o siete años, acostándome con la nodriza, me producía indudable excitación sexual el sentir su brazo desnudo. Recuerdo también que gradualmente tocaba su brazo con mucha precaución, temiendo que la muchacha se despertara, y sintiendo amargamente no encontrar más que el brazo. Estoy casi cierto de que entonces no tenía ideas sobre el sexo; pero el desengaño era real.

Estas son las únicas primeras experiencias de esta clase que puedo recordar. A los nueve años ya tuve otras. Yo vivía en una granja situada en la costa del Norte de Inglaterra, que tenía muy pocos visitantes y que me parecía muy aislada; acostumbraba ayudar a las muchachas de la granja en la custodia del ganado. Estas muchachas me inculcaban ideas sexuales aunque yo no las entendía con claridad. Acostumbraban a hablar

de cosas muchas de las cuales veo ahora que entonces no entendía como ellas. Me gustaba ver a aquellas muchachas bañándose con sus faldas remangadas. Por aquel tiempo me enamoré apasionadamente de una prima, pero no recuerdo que tuviera ideas sexuales respecto de ella No puedo decir si aquellas tempranas experiencias tuvieron alguna influencia en mi desarrollo sexual ulterior en cuanto alcanza mi memoria. Siempre las he recordado vagamente, nunca con excitación sexual.

Los sueños sexuales se presentaron por primera vez sobre los trece años, había emisión y sensación en el sueño, pero estas no estaban muy asociadas con sueños sexuales distintos. Todo lo que recuerdo de ellos es la sensación que, sin embargo, no localizaba entonces absolutamente. La masturbación fue indudablemente el resultado directo de estos sueños. La primera tentativa fue debida a la curiosidad, para ver si de aquel modo se reproducía la sensación de los sueños. Estos, tal como los he descrito, me ocurrían con frecuencia, pero no puedo decir con qué intervalo. Nunca experimenté la más ligera inclinación hacia individuos de mi mismo sexo."

► *Historia V.*— "Mi abuelo materno (escribe el sujeto de esta historia), fué un pequeño propietario de una granja con algunos galgos y sabuesos para cazar. Tenía tres hijas una de las cuales fué mi madre. Uno de sus compañeros de deporte, un doctor libertino y aficionado a la bebida, sedujo a mi madre cuando tenia veinte años. Cuando no pudo ocultar su estado, tuvo que huir para evitar la cólera de su padre, y yo nací a alguna distancia de la granja. A la muerte de mi abuelo fuí recogido por mi abuela, y no conocí a mi madre hasta la edad de dieciséis años; había abandonado el país avergonzada.

Creo que en mi herencia predomina principalmente la transmisión de mi madre, que tiene ahora cincuenta y ocho años. Aunque su vida fué irreprochable después de su desgracia juvenil, nunca pudo sobreponerse

a ella. Siento en mi carácter reflejada la condición sobreexcitada de mi madre durante su embarazo.

Recuerdo distintamente desde la edad de nueve años, y estoy seguro de no haber experimentado sensaciones sexuales antes de los trece, aún estando en compañía de muchachas. Tuve muchas pasiones infantiles por jóvenes, siempre mayores que yo, pero nunca fueron acompañadas de deseos sexuales. Yo idolatraba a todas mis novias, y quedaba satisfecho con poseer una flor, un pañuelo o un trozo del vestido procedente de mi amor. Estas cosas me producían una extraña emoción idealista, pero no causaban deseos sexuales ni erección.

A los trece años una hermana de un compañero mío, que tenía veintiséis años, se sentó un día sobre una gavilla de paja, enseñando su monte de Venus y me incitó a cohabitar. Se produjo una ligera erección, y después de consumar el acto durante algún tiempo una agradable sensación de eyaculación, pero sin verdadera emisión. Después de esto tuve frecuentes relaciones con aquella mujer.

Por aquel tiempo la criada de una granja de la vecindad me enseñó la masturbación. La dueña de la granja, mujer delgada y triste, madre de varios hijos, me trataba con tal familiaridad, que una vez orinó en mi presencia, de modo que pude verla su velludo monte venéreo. Desde aquel momento concebí una gran pasión por ella y temblaba en cuanto la veía. Yo estaba muy desarrollado y era muy viril, pero aunque creía que ella era una mujer lujuriosa, nunca me atreví a tocarla. Encontraba un placer supremo masturbándome contemplando algún objeto de su propiedad. Esto me daba un placer sexual mayor que mis relaciones reales con la caprichosa hermana de mi condiscípulo. Creo que amaba más a la mujer casada porque tenía mucho vello en sus partes

Eso fue siempre un peculiar atractivo para mí. Últimamente, cuando frecuentaba las prostitutas, nunca estuve con ellas hasta después de asegurarme de que eran muy velludas. Nunca fuí muy aficionado a la masturbación, y no lograba con ella ningún placer a menos de tener

cabello o alguna prenda de vestir de la mujer con la que practicaba el coito psíquico.

A los dieciséis años salí de la escuela y fuí a una gran ciudad para aprender un oficio. En esta época era muy fuerte el apetito sexual. Frecuentemente tuve relaciones con tres mujeres en una noche Había tenido muy pocos sueños lascivos; siendo siempre la fantástica compañera una mujer muerta. (Cuando tenía ocho años había visto el cadáver de una tía mía que murió a los veinticuatro.)

A los veinte años fui a Londres, disfrutando de todos los placeres que encontré en mi camino. Sólo me gustaba el coito normal. Ofrecimientos de otra clase me producían disgusto. Una vez consentí que una mujer me agotara sexualmente con la boca, y solo experimenté repugnancia. Mujeres con las que había tenido gran intimidad me ofrecieron algunas veces el *cunnilingus,* pero nunca lo acepté. Había practicado el coito intermamario muy pocas veces.

Me casé a los veintiséis con una hermosa y pura mujer, después de haber llevado durante los diez meses anteriores a mi matrimonio una vida casta. Mi esposa murió cuando yo tenía treinta años, y por espacio de ocho meses hice vida de célibe. Algunas veces tenía sueños lascivos, pero me despertaba invariablemente antes de la eyaculación. A veces satisfacía los deseos de mi robusta naturaleza sexual, pero nunca deseé nada que no fuera usual, excepto el coito por detrás. Una mujer, con un desarrollo marcado de las nalgas, me producía gran ilusión. La masturbación solitaria había cesado durante algún tiempo, pero una mujer desnuda, en el acto de la masturbación, de espaldas a mí, me daba un gran placer. Tengo a los treinta y ocho años la misma fuerza sexual que a los veinte, pero nunca deseo una mujer hasta que he estado en contacto real con ella, sobre todo si es muy velluda y con gran desarrollo de la pelvis. Disfruto de buena salud. Tengo los órganos genitales muy desarrollados y estoy cubierto de vello, desde la barba hasta los genitales. Mi cráneo es dolicocéfalo. Soy de temperamento violento y tenaz, y rápido en pensar y obrar. Mis digestiones son buenas, pero soy propenso a la constipación. Con frecuencia padezco dolores en la región occipital.

Mis primitivas creencias sobre las mujeres han cambiado: ya no las idealizo, aunque las estudio. He conocido mujeres muy sexuales pertenecientes a respetables familias de la clase media. Una, en particular, muchacha de dieciocho años, después del coito acostumbraba a excitarme con la lengua. Tuve una amiga que se conservó *virgo intacto.* Si la hubiera seducido, como hubiera podido hacerlo, habría perdido todo interés para mí. Nunca pude soportar la presencia de hombres desnudos, y por esa razón no voy nunca a los baños públicos. Me creo hombre de sentimientos sexuales fuertes y anormales, pero por lo demás, sano y cabal. Por regla general, cohabito dos o más veces por semana, y lo ejecuto sin retirar. Soy totalmente sobrio, y nunca abrazo a una mujer que huela a vino."

▸ *Historia VI*—El autor de lo que sigue es un hombre de letras, casado. "Desde muy niño recuerdo un romántico y extraño interés por el sexo femenino. Con seguridad, antes de los nueve años, sentí un intenso cariño por una niña compañera en mis juegos infantiles: nuestras familias dejaron de verse, y no volví a verla ni a oír hablar de ella hasta los dieciséis años ; entonces, al saber que iba a ir a la ciudad, sentí una emoción profunda, tan fuerte había sido la impresión que se produjo en los primeros años de conocernos. No por esto trato de decir que existiera nada entre los dos. Durante toda mi infancia recuerdo un persistente interés romántico por las muchachas y mujeres, cuya dulzura, caras hermosas y voces delicadas, habían ejercido siempre sobre mí una atracción especial. Antes de los doce años había escogido mi futura esposa una docena de veces por lo menos. (Cada una diferente de las otras, por supuesto.) No sentía la menor curiosidad por los detalles del sexo y del nacimiento. Probablemente esto se debe al hecho de que el único miembro de la familia más joven que yo había nacido cuando yo tenía sólo cuatro años. Grave, reservado y huraño, nunca tomé parte en los juegos de mis compañeros. Yo no podía pensar que hubiera tales discusiones entre ellos—aunque no es lo probable que nuestra escuela fuera una excepción—. Era muy dado a la lectura, y a los doce o trece

años encontré una alusión a los hijos ilegítimos, que me inquietó. Más adelante, sin embargo, en mis lecturas extensas y al azar, tropecé con un libro que trataba del falicismo, y aprendí lo que eran los órganos masculinos y femeninos de la generación. No tuve ni vergüenza, ni curiosidad; deduje la conclusión de que durante las caricias íntimas, algún aroma sutil debía desprenderse de los hombres para fecundizar a las mujeres, y pasé a otro asunto, satisfecho, y no tuve idea de la intimidad real de las relaciones.

A los catorce años leí el folleto de Knowlton y el libro de Besant, sobre la población. Encontré detalles físicos en un lenguaje científico, tan oscuro, que no los pude entender. Por la lectura de ciertos pasajes supe que, de *cierta manera* (no sé como), se podía engendrar niños o no, según se deseaba; y en este estado de cosas, me parecía tan admirable que fuera así, que me admiraba de que pudiera dudarse.

En aquella época mi hermano mayor creyó que se hallaba en el deber de enseñarme los secretos del sexo; recuerdo que me hablaba de ello, mientras que yo, distraído, pensaba en cualquier otra cosa. Cuando hubo concluido, no había oído nada. Recuerdo que no sentí absolutamente ninguna vergüenza, estaba simplemente aburrido. Yo lo atribuyo a dos cosas: primero, mi interés preponderante por el aspecto romántico de estos asuntos, y segundo (y esto tiene una gran fuerza moral), *el sentimiento de que el conocimiento estaba siempre a mi alcance, me libraba de la curiosidad que con tanta frecuencia consume a aquellos que creen que les está oculta.*

Los cambios de la pubertad llegaron naturalmente, sin producirme sobresaltos. Aun el hecho de las emisiones —que se verificó durante el sueño, con intervalos, sin ir acompañados de sueños, ni de ninguna postración física subsiguiente— no dejaron en mi memoria la sensación de sorpresa; comprendí que aquello tenía alguna relación con la generación; pero no tuve trastornos físicos, y estoy completamente seguro de que no me preocupé por ello.

La mejor prueba de ello es que mi memoria está en blanco respecto de este particular. A la edad de veintiún años (tomo este dato de un diario) estaba todavía ignorante del hecho intrínseco. Entonces reflexione que ya era realmente tiempo de aprender los detalles reales sobre el asunto. Fui en busca de un amigo experto y le pedí que me ilustrara. Se quedo admirado de mi ignorancia, y manifestó gran esquivez para hablarme. Tuve que arrancarle los hechos a fuerza de repreguntas, durante las cuales, se maravillaba de mi ignorancia. Aunque él aparentaba una gran vergüenza, yo no sentía absolutamente ninguna. Sus revelaciones me sorprendieron considerablemente, porque no tenía idea de que hubiera real intromisión. Cuando pude reflexionar sobre lo que había aprendido, el hecho de este contacto físico intimo me pareció sumamente poético y hermoso entre dos amantes; y no he tenido después motivos para cambiar de opinión.

En resumen:

1.° Interés romántico por las muchachas y las mujeres, sentido desde la infancia y persistente.

2.° Conocimiento, antes de la pubertad; del hecho de que este interés estaba basado sobre el proceso importantísimo de la reproducción.

3.° Ausencia de toda curiosidad física, aún en la época de la pubertad; y

4.° Conocimiento adquirido últimamente sin choque.

El lado físico del sexo nunca me ha preocupado ni me he molestado por ello; lo he reconocido, francamente, y no veo por qué no había de hacerlo así, pero mi reconocimiento, sin avergonzarme, ha sido probablemente porque el lado meramente físico tiene para mí menos importancia que para los demás. El interés mental y emocional en la pasión, me ha absorbido grandemente, pero el lado físico ha caído en la que yo llamo su sitio natural de subordinación. La naturaleza es cariñosa. Es nuestra "conspiración por el silencio", lo que tiende a dar importancia a los detalles físicos."

► *Historia VII.*—G. D., médico y hombre de ciencia, escribe: "Había un fuerte padecimiento de gota por la rama paterna, nada de alcohol, tuberculosis, perturbación cerebral o artropatía. Existe algún fundamento para creer que dos tías maternas eran sensualmente frías, y quizás ocurriera algo de esto a mi madre en menor grado, que tenía, además, la pelvis contraída, y sintió los dolores del parto a los ocho meses de embarazo.

A los siete años se encargó de *mí* una gobernante alemana, y pronto me encariñé con ella. Yo era entonces un niño delicado, que padecía con frecuencia pesadillas, chillando, sin poder dormir, y cubierto de sudor. Cuando ocurría esto, la gobernante me acostaba en su lecho y me tranquilizaba besándome, etc. Yo la besaba también, y puedo recordar que me gustaba, sobre todo, besarla los pechos.

Por aquel tiempo, una prima mía, A., que tenía un año más que yo, fué una de mis compañeras de juego. Yo trataba de monopolizar su compañía y su atención; y con este motivo me peleé varias veces con C., primo mío, mas joven que yo, que luego me dijo que estaba entonces enamorado de A. y tenía celos de mi. Yo creo que también yo estaba realmente celoso y enamorado al mismo tiempo, pero no puedo recordar que acariciase nunca a mi prima.

Algún tiempo después, probablemente cuando yo tenía nueve años, me dijo algo mi gobernante, de que no estaba organizada como yo, que ella no tenía pene, etc. (No puedo recordar el término que usaba ella para nombrar el pene.) Yo me mostré incrédulo, y la pedí que me permitiera ver si era verdad; ella se negó, y yo ideé muchos medios para satisfacer mi curiosidad, tales como entrar de pronto en su habitación cuando se estaba vistiendo, golpeando la silla en que estaba sentada y tratando de introducir repentinamente mi mano entre su falda. No conseguí satisfacer mis deseos, pero creo que aunque ella no me permitía lograrlo, mis esfuerzos la causaban sensaciones agradables. Yo creo que en todo esto no había más que curiosidad, por mi parte; no tenía sensación de calor ni irritación en los órganos genitales, y nunca los

manipulé, ni era, por lo que puedo juzgar, un muchacho anheloso. Mi gobernante se fue cuando yo tenía diez años, y fui enviado a una escuela preparatoria.

A los doce años y medio me llevaron a una escuela pública y mi padre me inició en los hechos principales del sexo, aconsejándome que evitase la masturbación. Mi primer sueño húmedo ocurrió a los catorce años. Antes de esto había empezado a sufrir una neuralgia testicular con graves intermitencias, que se resistieron a todo tratamiento y continuaron por espacio de cuatro o cinco años, siendo después los ataques gradualmente menos frecuentes y más leves.

A los quince años las circunstancias me obligaron a dejar la escuela y vivir durante dos años a la orilla del mar con compañeros de más edad que yo. Tenia a mi disposición una bien surtida biblioteca, y pescaba y coleccionaba insectos.

A la edad de dieciséis años hice el amor a una enfermera que cuidaba a mi madre; pero debido más bien a mi timidez que a la austeridad de su virtud no pasamos de besarnos. Entonces los sueños húmedos se hicieron excesivamente frecuentes; los tenía tres o cuatro veces por semana, y resistían toda clase de remedios. A los diecisiete me aconsejaron que intentara las relaciones sexuales. Así lo hice, y encontré muy poco placer en ello, porque sentía una fuerte repulsión contra el amor lujurioso.

Por entonces encontré en la farmacopea de los Estados Unidos un remedio contra las emisiones que, sin embargo, han continuado siendo mas frecuentes que las padecidas por la mayoría de mis amigos. Generalmente van acompañadas de sueños lascivos; pero a veces ocurren cuando sueño que corro para alcanzar un tren, o por orinar fuera de tiempo.

En los últimos años (después de los veinte), he observado que el sueño que acompaña a la emisión es más corto; de modo que, por ejemplo, a los veintiún años realizaba por completo el acto fisiológico durante el sueño, y ahora casi invariablemente emito y despierto antes de

que la intromisión se haya verificado. No ha habido alteración comparable a esto cuando se realiza el acto despierto.

En cuanto a mi físico debo mencionar que todos mis reflejos son muy vivos, aunque soy ligeramente cosquilloso en la ordinaria acepción de la palabra. Sudo fácilmente y soy muy huraño, no sólo con las mujeres, sino con las personas extrañas. Sin embargo, he tratado de no parecerlo. Proporcionalmente apasionado, pudiera decir, y extremadamente escrupuloso en lo referente a las mujeres, esta última cualidad me conserva a veces casto por varios meses."

▸ *Historia VIII.*—"Cuando yo tenía nueve años (me dice una señora sujeto de la presente observación) recuerdo que acostumbrábamos a jugar varios niños en un antiguo jardín, haciendo de papás, levantándonos las ropas y aplicándonos las partes sexuales como creíamos que lo hacen las personas casadas; pero no teníamos sensaciones sexuales, ni los muchachos tenían erecciones. Cuando tenía diez años tuve conciencia de una sensación agradable asociada al olor de cuero, que ha persistida siempre desde entonces. En aquella edad pasaba algún tiempo en un almacén al por mayor lleno de registros encuadernados con cuero." No se daba cuenta, entonces, de aquella sensación, y ciertamente no tenía conciencia de ninguna conexión con la emoción sexual. La menstruación se presentó a los trece años y medio. Pocos meses después se observaron las primeras sensaciones sexuales. "El primer sentimiento de amor que tuve fue a los catorce años, por un elegante muchacho de mi edad, que venía a nuestra casa con frecuencia. Yo le gustaba, pero él no sentía amor por mí. Rara vez se sentaba a mi lado y me cogía la mano como yo deseaba. Esto duro hasta los diecisiete años en que él se fue a la Universidad. Después de terminado el primer curso volvió y entonces me demostró cariño; pero aunque yo le quería mucho, era demasiado orgullosa para demostrárselo. Cuando intentó besarme yo me resistí aunque lo deseaba. Creyendo que estaba muy ofendida, trató de excusarse, lo cual me encolerizó. Todos aquellos años le estuve adorando, llenando su recuerdo todos los instantes de mi vida." Cuando estaba cerca de él experimentaba

sensaciones físicas, con humedad en la vulva. Así continuó hasta que ella cumplió veinte años; pero el sujeto de estas emociones no volvió ya a renovar sus proposiciones.

A los diecinueve años tuvo relaciones con otro. Al principio era físicamente indiferente para su novio, pero cuando la besó por primera vez sintió una gran excitación. Sin embargo, aquellos amores acabaron pronto por falta de cariño bastante por ambas partes y principalmente, al parecer, por haberse enfriado el ardor del amante. Ella pensó que él la hubiera querido más si se hubiese mostrado más fría para él, o si hubiera pretendido serlo, en vez de corresponderle con sencillez y franqueza.

Durante algunos años nada ocurrió. Trabajaba duramente y sus diversiones, dice, en su mayor parte, pueden considerarse como infantiles. La gustaba mucho bailar, complaciéndose de que tuvieran atenciones con ella. Con frecuencia tenía conciencia de sensaciones sexuales, siendo algunas veces atormentada por ellas, considerando esto como vergonzoso. El constante deseo amoroso era muy poco o nada afectado por lo duro de su trabajo. "Por aquella época gustaba de soñar despierta, deleitándose si podía alguna vez quedarse en casa acostada en un sofá o en la cama. Especialmente la gustaban las lecturas poéticas, sobre todo si no las entendía. Esto la producía toda clase de sueños amorosos, que, sin embargo, nunca iban más allá de los preliminares del amor real, que era todo lo que entonces sabía del amor. El único clímax de sus sueños amorosos se fundaba en una información practicada por una mujer casada muchos años antes, cuando tenía doce años. Esta señora—evidentemente de acuerdo con Rousseau (que en *Emilio* recomendaba a las madres que cuando sus hijas les preguntaran de donde vienen los niños, les contestaran: "Los mean las mujeres, con grandes dolores), que lo desconocido debe explicarse primero a los jóvenes con términos conocidos—la dijo que los maridos se orinaban en sus esposas. Por ello creía que un amante la llevaría a un bosque para hacer esto con ella mientras estaba al pie de un árbol. (En fecha posterior descubrió que la ocupación de la vejiga excitaba las sensaciones sexuales, y en ocasiones acudía a este recurso para aumentar la excitación.) Todas las sensaciones físicas del deseo sexual eran evocadas por estos sueños, con abundante

secreción, pero sin orgasmo. Sus fantasías nunca la inspiraron la masturbación o manifestaciones parecida, que nunca practicó. Tal procedimiento de alivio nunca la tentó y aún duda en su eficacia; la única satisfacción que deseaba era el amor, y el encanto de sus sueños consistía en las imágenes de amor que evocaban. Al mismo tiempo observa que, aunque no ocurrió el orgasmo (del que estaba ignorante), la excitación sexual producida por sus sueños era suficientemente grande para causarla un sentimiento de alivio. Estos sueños eran el sólo medio por donde descargaba el erotismo sexual. No recuerda haber tenido sueños eróticos ni manifestaciones sexuales estando dormida.

La excitación sexual espontánea se presentó pocos días antes de la menstruación, bastante pronunciada inmediatamente después del período. También tenía tendencia a ocurrir en la mitad del período menstrual.

La sensación agradable asociada con el olor del cuero se hizo más marcada cuando se acercaba a la edad adulta, especialmente se manifestó a los veinticuatro años y la emoción sexual que producía (con humedecimiento de la vulva), era entonces claramente consciente. Ningún otro olor la producía este efecto en grado tan señalado. Estaba asociado con sacos de cuero, pero no con botas, aunque frotando el cuero de unos zapatos encontró que se producía el mismo olor. No puede darse cuenta de su origen y no lo relaciona con nada. Nunca afectó su conducta ni tuvo hábitos fetichistas.

Algunos otros olores la afectaban en el mismo sentido aunque no en tanto grado como el cuero. Tal sucede especialmente con algunas flores, sobre todo las flores blancas de perfume violento, como las gardenias. Muchas flores, por otra parte, como las prímulas, parecen mas opuestas al efecto sexual, demasiado frescas, aunque estimulantes para el espíritu. Algunas esencias artificiales tienden a producir también efectos sexuales. Los olores personales no la impresionan. (En un período posterior la influencia sexual de los olores personales, fue ocasionalmente experimentada; pero la presente historia sólo trata del período anterior al matrimonio.)

Cree que las cosas más bellas, no relacionadas con el sexo, tienen una tendencia a producir distintamente sensaciones sexuales en grado débil, aunque algunas veces más marcadas con secreción. Nunca ha experimentado el sentimiento homosexual, y a primera vista se inclinaba a creer que la presencia de una mujer hermosa no la producía efecto sexual, aunque no podía entender completamente aquel efecto. Subsiguientemente, recordando y observando sus experimentos más cuidadosamente, encontró que la cara de una mujer amable y su figura, producía sensaciones sexuales distintas (con emisión de mucosidad). La música ejerce poderosa influencia sobre ella, y no puede recordar si alguna vez sintió igual poderosa influencia de esta clase, en ausencia de la música.

Estudiando el desarrollo de sus sensaciones, encuentra que, aunque en ciertas relaciones puede haber sido lento, fué simple, natural, espontáneo, y corresponde "al desarrollo y progreso de todas las jóvenes". Mientras marcha con el hecho real, la muchacha no sabe ni se preocupa de saber. Después, parece claro y sencillo. La ocupación cerebral y también la manual, mientras no hay deseo, es una gran ayuda y salvaguardia para proteger a una muchacha, cuando está combinada con una información apropiada sobre ella misma y sus relaciones con el varón, a fin de que pueda comprender lo que es ella y cómo escoger el mejor —hombre— aunque con las mejores condiciones, pueda incurrir en equivocación."

► *Historia IX.*—El sujeto pertenece a una gran familia, en la que hubo algunos neuróticos; pasó los primeros años de su vida en una granja. Es vigorosa y enérgica, tiene afecciones intelectuales y está acostumbrada a pensar por sí misma, desde puntos de vista no convencionales, sobre muchos asuntos. Sus padres eran muy religiosos, y cree ella que de temperamento poco sexual. Sus primeros años estuvieron libres de pensamientos sexuales, y recuerda pocas cosas que tengan importancia respecto de este particular. Recuerda que en su infancia, y algún tiempo

después, creía que los niños nacian por el ombligo. Su actividad se ejercitaba principalmente en actos humanitarios y utópicos, y alimentaba ideas de una vida larga, sana y libre sin las trabas de la civilización. Se considera ella misma como muy apasionada, pero sus emociones sexuales parece que se desarrollaron muy lentamente y algo intelectualizadas. Después de llegar a la edad adulta tuvo varias y sucesivas relaciones con hombres que la habían cautivado por semejanza de temperamento, de ideas y de gustos. Estas relaciones generalmente habían ido seguidas de alguna desilusión, y por ello habían terminado. No cree en el matrimonio legal, aunque en circunstancias convenientes la gustaría mucho tener un hijo.

Nunca se masturbó hasta la edad de veintisiete años. En esta época, una amiga casada la dijo que tal cosa podía hacerse. Vió que aquello la daba placer, mayor que el que la había producido el coito, excepto con un hombre. No lo practicó nunca con exceso, sólo con raros intervalos, y opina que es beneficioso cuando se practica moderadamente. Algunas veces, por ejemplo, ha encontrado que, después de la excitación mental producida por determinadas lecturas, seria imposible el sueño si no fuera la masturbación un recurso sedante para aliviar aquella tensión.

La excitación sexual espontánea es la más fuerte inmediatamente antes del período menstrual

Los sueños sexuales definidos y la excitación sexual durante el sueño no la han ocurrido, excepto en una o dos ocasiones.

Desde la niñez tuvo pensamientos eróticos, imaginándose historias amorosas, en las que era ella la heroína; el clímax de estas historias se ha desarrollado con el desarrollo del conocimiento propio de las materias sexuales.

No es invertida, y nunca ha sentido amor por otra mujer Encuentra, sin embargo, que una mujer hermosa produce distintamente excitación sexual, que evoca las manifestaciones físicas definidas de la

emoción sexual. Esto lo explica diciendo que, instintivamente, se pone en lugar de un hombre y siente lo mismo que el hombre sentiría.

Encuentra que la música excita las emociones sexuales, lo mismo que muchas esencias, bien de flores o del olor personal de la persona amada, o los perfumes artificiales.

Historia X.—El sujeto es de origen alemán por ambas líneas. El padre es de afecciones intelectuales, lo mismo que ella. No hay en la familia antecedentes morbosos, en cuanto puede recordarse, aunque todos son de pasiones muy violentas. Ella está bien desarrollada, sana, vigorosa y atlética; algunas molestias que padece se deben principalmente a un exceso de trabajo.

Recordando su niñez, puede ver ahora que varias manifestaciones sexuales ocurrieron en un período en que estaba completamente ignorante de los asuntos del sexo. "La primera vez, escribe, fué a la edad de seis años. Recuerdo que una vez estaba sentada con las piernas abiertas sobre una escalera, mientras mis padres me esperaban. Distintamente recuerdo una sensación agradable —debida probablemente, en parte, a un sentimiento físico— al pensar que yo estaba allí, cuando sabía que debía correr en su busca. Desde aquel año hasta la edad de los diez, simplemente me complació la idea de ser castigada. Todas las noches me iba a la cama muy contenta, creyéndome ser una esclava encadenada, castigada, obligada a llevar grandes pesos y a trabajos ignominiosos. Conforme fuí creciendo, estas fantasías fueron más discontinuas. Al mismo tiempo tuve manifestaciones con tendencias sádicas. Acostumbraba a asustar e importunar a un niño, obligada por un impulso irresistible, experimentando cierta agradable sensación al hacerlo. Pero esto, tengo la satisfacción de decir que fue muy raro, porque aborrezco toda crueldad".

Una de sus fantasías favoritas era imaginar que era un muchacho, y especialmente que era un caballero que rescataba damas cautivas. No

la gustaban las ocupaciones propias de las mujeres, y siempre tuvo una especie de sentimientos caballerescos hacia las mujeres.

"Cuando oí por primera vez hablar del acto sexual, escribe, me pareció tan absurdo, que apenas me enteré. A los diez años discutía mucho con otras muchachas acerca de ello, y acostumbrábamos a jugar a juegos indecentes —más bien por hacer daño que por ningún sentimiento físico definido."

Un año después de la menstruación descubrió, por casualidad, el acto de la masturbación al inclinarse sobre una mesa. "Lo descubrí naturalmente; nadie me lo enseñó, y el carácter natural del impulso me hizo dudar más adelante si podía ser perjudicial". Sus dos hermanas se masturbaban desde edad muy temprana, pero no su hermano. La práctica de la masturbación continuó. "Durante muchos años, imbuida de las antiguas ideas de moralidad, luché en vano contra ella. La vista de los animales cohabitando, la lectura de varios libros (Shakespeare, Rabelais, *Mademoiselle de Maupin,* de Gautier, etc.), la vista del desnudo en algunos cuadros de bacanales (como los de Rubens), todo excitaba mi pasión. Coexistiendo con esto (quizás, aunque lo dudo debido a ello, sentía disgusto hacia las relaciones normales. Sentía amor y deseaba besos, etc.; pero el simple pensamiento de algo más, me disgustaba. Si mi amante me hubiera propuesto tal cosa, habría dejado de sentir amor por él. Pero durante todo este tiempo continuaba masturbándome, aunque todo lo menos frecuentemente que podía, y sin ningún pensamiento referente a mi amante. El amor era para mí una cosa ideal y completamente aparte de la lujuria, y aun creo que es falso tratar de unir ambas cosas. Temo que aún ahora, si me enamorase, las relaciones sexuales romperían el encanto. A la edad de dieciocho años leí la *Sonata de Kreutzer,* de Tolstoi, y me alegró sobremanera encontrar en ella escrito todo lo que yo había pensado. Gradualmente, viendo a alguna amiga felizmente casada, he llegado a ver las cosas desde un punto de vista más normal. Soy muy escrupulosa para los hombres, y nunca he encontrado ninguno bastante libre de espíritu y justo para que me guste. Quizás, si lo consiguiera, podría colocarme en un punto de vista completamente sano".

Con el transcurso del tiempo adoptó varios procedimientos para aumentar su excitación sexual, al masturbarse. Así, por ejemplo, encontró que los efectos de la excitación sexual se aumentan manteniendo llena la vejiga. Pero el principal medio que ha ideado para aumentar y prolongar la excitación preliminar consiste en llevar el corsé apretado (por regla general lo llevaba flojo) y en pintarse la cara. No puede explicarse esto Parece que es una objetivación de su propia persona, asociada con sensaciones homosexuales [1]. La excitación se aumenta por la fricción, y algunas veces por la introducción de un mango de madera en la vagina. Cuanto más frecuentemente se masturba, con más facilidad se excita. La sensación sexual espontánea es más fuerte antes y después del período menstrual; no tanto durante el período.

Hay varias trazas débiles de homosexualidad, que pueden encontrarse en la historia del desarrollo sexual de este sujeto. Recientemente han llegado a un clímax por la formación de una relación homosexual con una amiga. Estas relaciones la han dado una gran satisfacción y placer. Sin embargo, no se considera en realidad como una persona realmente invertida.

Hubo vivos sueños sexuales desde los diecisiete años (evidentemente en el período de sus relaciones con su amante). Estos sueños no tuvieron, sin embargo, referencia especial a persona de otro sexo.

---

[1] J. G. Kiernan observa, sin embargo, que "mujeres sanas (sexualmente hablando), que nunca han usado corsé, encuentran que la primera vez que se le ponen sienten deseos sexuales tan intensos, que con frecuencia necesitan abandonarle. En un caso masculino (*Médical Record*,vol.XIX) de perversión, pasando desde la heterosexualidad a la homosexualidad, el sentimiento homosexual (masoquista) se excitó por fuertes lazos. En este caso existía un elemento subjetivo. El apretarse los vestidos ha sido reconocido por muchos ginecólogos como un factor de la excitación sexual y como método dé masturbación. Puede verse la influencia de la dificultad de la respiración la excitación sexual, de que hablamos en el estudio "Amor y Dolor".

Aparte de la influencia de los libros y pinturas ya mencionada, observa que se afecta sexualmente por el olor personal de una persona amada; pero no se afecta conscientemente por ninguna otra clase de olores.

► *Historia XI.*—Viudo, de cuarenta años, cirujano: «Mi experiencia en las materias sexuales empezó muy pronto. Cuando tenía diez años, un muchacho amigo que vivía con nosotros, me dijo que su hermana le hacia descubrir, y que jugaba y le animaba para que hiciera lo mismo con ella. El encontró aquello entretenido, y me propuso que lleváramos a dos hermanas mías a un granero y que repitiéramos el experimento con ellas. Así lo hicimos y tratamos cuanto nos fue posible de tener relaciones con ellas, que no mostraron repugnancia e hicieron también lo que pudieron para ayudarnos; pero no pudimos conseguirlo y no experimenté con ello ningún placer.

Cuando fui a la escuela llamé la atención de uno de los muchachos mayores que dormía en la misma habitación que yo; vino a mi lecho y empezó a jugar con mi miembro, diciendo que era costumbre hacerlo y que me daría gusto. No sentí ningún placer, pero me gustó la atención y hasta jugué con su miembro que era de gran tamaño, y rodeado de espeso cabello. Después de haber jugado con él durante algún tiempo quedé sorprendido al ver que tenía una emisión de materia pegajosa. Luego volvió a frotarme diciendo que si le dejaba que me lo hiciera bastante tiempo produciría la misma sustancia que él. Esto no ocurrió, sin embargo, aunque él me frotó por mucho tiempo, lo mismo entonces que en otras ocasiones. Yo estaba muy disgustado al considerarme incapaz de emisión, y en cuantas ocasiones se presentaban procuraba excitarme a mi mismo con objeto de conseguirlo. Acostumbraba a pedir permiso para salir de la escuela dos o tres veces al día, y escondido en el retrete, me masturbaba con gran afán, sin resultado, aunque en aquel tiempo empecé a sentir emociones agradables durante el acto.

Cuando iba a casa los dias de fiesta me interesé grandemente por una criada de mi padre, a la que tenté las piernas un día al bajar las escaleras. Yo temía mucho que se quejara de lo que había hecho, pero vi

con gusto que no lo hizo ; por el contrario, empezó a besarme y a mimarme, llamándome su amante y diciendo que yo era un niño audaz. Esto me atento sobremanera, y no tardé mucho tiempo en contraer más íntimas relaciones con ella. Un día que estábamos solos en casa me llamo a su cuarto, estando a medio vestir, y me acostó en su cama, echándose ella sobre mí, besándome apasionadamente en la boca. Desabrochó mis ropas y acaricio y besó mi miembro, obligándome que la tocara sus partes. Me excité mucho y temblaba violentamente; pero pude hacer lo que ella necesitaba para masturbarla hasta que se humedeció. Después de esto tuve muchos encuentros en los que nos abrazábamos y me dejó introducir mi miembro hasta quedar ella satisfecha, aunque yo era muy joven para tener emisión.

Al volver a la escuela practiqué la masturbación mutua con varios compañeros, y, finalmente, a los catorce años, tuve mi primera emisión real. Sentí con ello gran placer, y con esto y con el nacimiento del vello que empezó a salirme en el pubis, empecé a creerme un hombre. Me gustaba estar entre los brazos de otro muchacho, apretado contra su cuerpo, acariciando su persona y siendo acariciado por él. Siempre acabábamos con masturbación mutua, pero nunca tuvimos relaciones contranatura.

Después de salir de la escuela ya no tuve ocasión de tener relaciones con individuos de mi sexo, y, en efecto, ya no lo deseé, porque fuí subyugado por los encantos del otro sexo, y pasé la mayor parte de mi tiempo gozando o ideando planes para gozar de los amores femeninos.

La vista de las piernas o del busto de una mujer, especialmente si estaban en parte ocultas por lindas telas, y aún más si las veía a hurtadillas, era suficiente para darme una sensación lujuriosa, y una violenta erección, acompañadas de palpitaciones de corazón y zumbidos en la cabeza.

A los diecisiete años tenía frecuentes coitos, y me masturbaba con regularidad. Me gustaba masturbar a una muchacha más aún que cohabitar con ella, especialmente tratándose de muchachas que nunca se

hubieran masturbado; gozaba viendo el aspecto de agradable sorpresa que aparecía en sus semblantes en cuanto sentían la deliciosa y nueva sensación.

Para satisfacer este deseo proponía a una docena de muchachas que me permitieran estas libertades con ellas, y sorprendería a la gente el saber que gran número de ellas, muchas de buena posición social, accedían a mis ruegos, aunque la oferta nunca era igual a mi demanda.

Con objeto de aumentar las probabilidades, me dediqué al estudio de la medicina como profesión, para poder estar en íntima relación sexual con muchas que de otro modo no hubieran estado a mi alcance.

A los veinticinco años me casé con la hija de un oficial; era una joven hermosa con una figure esbelta y disposiciones amorosas. Mientras fuimos novios acostumbrábamos a pasar varias horas uno en brazos del otro, practicando la masturbación mutua, o besándola apasionadamente en la boca, introduciendo mi lengua en su boca, con intervalos, con el invariable resultado de que yo tenía una emisión, mientras ella temblaba y suspiraba. Después de casarnos practicamos toda clase de coitos, el *coitus reservatus,* etc., y rara vez pasaban veinticuatro horas sin dos conjunciones, hasta que llegó a un estado interesante muy avanzado, y entonces cesaron nuestros juegos por necesidad.

Durante este intervalo fui a pasar algún tiempo en casa de un antiguo condiscípulo que había sido uno de mis amantes en otro tiempo. Ocurrió que por el excesivo número de huéspedes que había en la casa, era difícil la cuestión de encontrar lecho, y convinimos en compartir nuestra habitación. La vista de su cuerpo desnudo despertó sentimientos lujuriosos, y cuando él apagó la luz me dirigí a su cama y me acosté junto a el. No hizo ninguna objeción y pasamos la noche dedicados a la masturbación mutua y caricias, *coitus inter femora,* etc. Quedé sorprendido al ver que me gustaba esto mucho más que el coito con mi mujer, y decidí aprovecharme de la ocasión. Pasamos juntos quince días de aquel modo, y cuando después volví a mi casa y cumplí con mi mujer, nunca tuve el mismo placer: murió ella cinco años después y ya no me sentí

inclinado a contraer nuevo matrimonio, dedicando mi corazón y mi alma a mi antiguo amigo, con quien continué en cariñosas relaciones hasta su muerte, ocurrida el año pasado. Desde entonces la vida ha perdido todo su encanto para mí."

"El paciente, escribe el bien informado alienista, al que debo esta historia, me consulta con frecuencia. Le encontré, al parecer, ser un hombre de buena salud, con algo de neurastenia y tendencias a la melancolía. Los órganos de la generación grandes, uno de los testículos parece algo atrofiado, pubis velludo en abundancia, formas del cuerpo masculinas y temperamento neurótico. Mejoró algo por mi tratamiento, y después de visitarme tres veces y escribir la precedente historia, yo no le vi más."

▸ *Historia XII.*—La presente historia está tomada de pasajes, que tengo permiso para publicar, de una extensa autobiografía que me han dirigido desde Australia. Es un documento notable en que se describe toda la vida del escritor, y no simplemente sus experiencias sexuales, con una rara sinceridad, debida al convencimiento del autor de que es misión suya el enseñar a los demás la manera sana de vivir.

Cuando niño tenía mal carácter. Después he sabido que estaba enfermo con mucha frecuencia. Pero cuando aparentemente estaba bien tenía las malas inclinaciones de que he hablado. Recuerdo que un día estaba sentado en el ruedo de la puerta, jugando con el pene, sintiendo ya aquellas tendencias que han jugado un papel tan terrible en mi vida. Mi madre me llamó desde lo alto de la escalera, preguntándome: "¿Qué haces? Estás muy quieto". Y yo, avergonzado instintivamente de lo que estaba haciendo, repuse: "Estoy jugando a la escuela".

Mi hermano y yo íbamos a una gran escuela cerca de casa, donde sentí una gran simpatía por uno de los muchachos mayores. gastando todo mi dinero en comprarle golosinas que se comía religiosamente. Pero aquellos amores mios frecuentemente se acababan de pronto. Me enamoré apasionadamente de una cara, y la vida me parecía perfecta, divina. Hubiera dado todo lo del mundo por conquistar el cariño del propietario

de aquella cara; pero un día la belleza que me había seducido me pareció que había desaparecido, y me volví frío e indiferente, aborreciendo aquello que había sido mi encanto. Pero mientras duraban aquellos amores era muy feliz. Eran, en verdad, visiones divinas.

Más adelante, mi tercera hermana y yo fuimos de pensionistas a un colegio. Yo tenía mucho miedo en la escuela, pues sólo era feliz jugando con los muchachos. Había allí una muchacha de mi edad, que me alentaba en las malas inclinaciones a que me he referido. Hacía que me sentara en una silla, me sacaba el pene y jugaba con él, adornándole con cintas y lazos. A mi me gustaba que lo hiciera, y caía en precoces meditaciones. Ella no jugaba nunca consigo misma, ni tenia curiosidad sobre ella, pero aquello que yo tenía entre mis piernas que cambiaba de forma y de tamaño era objeto de curiosidad para los dos. Un día que aquellos sentimientos precoces eran muy fuertes en mi y estábamos solos, sentí que *debía* hacer algo, y la propuse cortarme el objeto de nuestra curiosidad, yendo a la cocina en busca de un cuchillo. Ella, al principio decía que no, y se tapaba los ojos con sus manecitas, pero la curiosidad se sobrepaso a sus escrúpulos y me dijo: "¡Si, hazlo!", descubriendo la cara parcialmente al mismo tiempo, y me di una cuchillada cuya cicatriz he conservado por mucho años.

Yo era un niño muy lindo, con unos rizos muy largos y rubios, pero últimamente tenía la cara muy gorda; mis cabellos se oscurecieron y desaparecieron los rizos. Mi cara se paso muy roja y mis ojos estaban hundidos. Pero mi amor por la belleza de los demás era excesivo, y la pintura de aquella época de mi vida seria incompleta si no tratara de describir la visión de juvenil belleza que encontré en los paseos y jardines de K. Tenía diecisiete años cuando la vi por primera vez, con su sombrero de paja y su vestido blanco, con sus ojos castaños, su alegre semblante, su sonrisa y su divina presencia. Yo tenía ocho o nueve años. Mi amigo Walter solía hablar con ella, pero yo nunca la hablé, y se me paralizaba la respiración si la encontraba en mi camino. Tenia ella un hermano, un año mayor que Walter, cuya cara se parecía mucho a la de su hermana, y yo le amé en segundo lugar. Hice todo lo que pude por conquistar su cariño, pero no lo conseguí, poniéndome en ridículo. A ella le gustaba

Walter más que yo, y lo decía así, y ni su hermano ni Walter podían entender mi pasión, en la que debo confesar que había algo de morboso y nervioso. Pero mi pasión por la hermana, aunque a algunos pudiera parecerles ridícula, era pura, sin escoria, y su memoria es una visión de primavera, joven y amorosa, de la edad de oro. Murió pocos meses después de su matrimonio, que se verificó por aquella época.

Las mañas de Walter y mías sólo de nosotros eran conocidas, porque nosotros teníamos cuidado de que no nos molestaran. Pero otras veces, en la ensenada, una porción de nosotros, chicos y chicas, nos lo enseñábamos todos, más por burlas que por veras. Preguntábamos a las muchachas, pero tenían una idea muy vaga y la mayor parte una idea equivocada de lo que era el coito.

Recuerdo a un hermano de Walter más joven que él, sentado en el cenador, con su pene en erección, sumamente grande, con relación a su edad, y su risa ante el asombro de sus hermanas. Puedo ver su ridícula cara de sátiro, con lágrimas en los ojos, que estaban demasiado juntos.

Fui a pasar unos días a casa de una señora viuda que tenía hijas crecidas. Eran personas finas y bien educadas, y mientras estuve allí observe muy buena conducta. Pero ocurrió, estando allí, que una de aquellas inclinaciones de lujuria precoz o incipiente hicieron que aquel tiempo me pareciera feo, malo, degradado y lento. Yo tenía diez años. Recuerdo que me paseaba solo, como un loco, en el Carlton Garden. Me senté al pie de un árbol, sintiendo que *debía* hacer algo, sin saber el qué. Estaba al aire libre, hacía un día claro, y la gente estaba paseando en todas direcciones. Estaba muy débil y enfermo entonces —con un extraño sabor salado en la boca— para trasladarme a un lugar más solitario. En cosa de media hora o menos, el ataque o crisis, o lo que fuera, se me quitó. Me encontré mejor. El cielo y los árboles que me habían parecido negros y aborrecibles, tomaron sus colores naturales.

Estando allí oí una dulce voz hebrea que me llamaba por mi nombre. Volví la cabeza y vi a dos jóvenes judíos que yo conocía, con sus preciosas hermanas. Me uní a ellos y hablé con sus hermanas por primera

vez, sintiendo gran placer con sus respuestas y sus voces suavemente moduladas. Ellas hicieron que yo me creyera más gentil yo mismo, y en aquella media hora me pareció que me convertía de loco y degradado en un muchacho capaz de amar y de ser amado. La vida me pareció dulce y llena de ricas promesas. Encontré a los muchachos en la escuela, pero nunca volví a ver a sus hermanas.

Recuerdo también, poco después, durante una sesión de linterna mágica, que estaba sentado a los pies de una mujer joven, muy amable, que se apoyaba sobre mí y me besaba, y lo feliz que fui: bajaba su cabeza cerca de la mía y miraba la escena por encima de mi hombro. Yo estaba en el cielo, y me entristecía cuando se alumbraba la habitación.

En aquella época disfrutaba de perfecta salud. En los días más calurosos corría cuatro o cinco millas con los otros muchachos. El olor de la tierra caliente, de la resina de los árboles, la fuerza del sol, y lo azulado de la bóveda nos llenaban de salud y alegría.

Pero la corona, la flor perfecta de aquellos días sanos y felices, fue mi primer amor, amor puro, genuinamente infantil, por una muchacha de mi edad. Una señora me llevó a ver un amigo suyo que tenía un niño y una niña. Nos hicieron muy buen recibimiento; fuimos a la orilla del mar, y el mar parecía más azul, la arena más dorada, el cielo mas brillante que antes. Cuando nos cansamos de la playa fuimos a jugar a un gran jardin que tenían, y mi desusada felicidad me siguió hasta allí, y me acompañó hasta que se hizo de noche, aumentando cuándo la niña se arrojó en mis brazos, de un modo que no podía equivocar —pues fué una pasión mutua—, antes que en los de los demás. Yo me sonrojé —lo cual causó risa a los demás—, pero fui muy feliz y aborrecí tenerme que ir a casa. Pero la señora que me había llevado me prometió llevarme pronto otra vez con una comisión. Sentí menos temor al otro día, y cuando pregunté confesó cándidamente que era amado. Contaba las horas que faltaban hasta que llegó el día prometido. Hacía otro día espléndido (ahora me parecían los días hermosos, divinos, como de otra vida) y fuí solo a Willianstown con un encargo. Al abrir una gran puerta que daba al patio vi al objeto de mis pensamientos sentada en el brocal de un pozo

jugando con un primo suyo. Al verme se quedó parada medio minuto y luego saltó precipitadamente de su asiento y vino a buscarme, no separándose ya de mí en todo aquel dichoso día. Fué un largo sueño de felicidad y de amor. Estábamos tan entregados el uno al otro, que olvidamos al primo, que estaba celoso. Recuerdo el odio que brillaba en sus ojos. Sin embargo, cuando regresaba a mi casa iba pensando en cosas completamente distintas, excitada mi curiosidad por conocer la gente, y la vida a mi alrededor.

Un día en clase sentí que se apoderaba de mi un deseo de precoz lujuria. Me paseaba por el patio como un hipnotizado, y entré en el retrete. *Tenía* que hacer algo —cogí el pene desesperado—, pero, ¿cómo? El retrete tenía una válvula de madera con bisagras. Me hinque de rodillas, puse el pene sobre el asiento y le apreté entre las bisagras con toda mi fuerza. Luego, dolorido y temeroso, me abroche la ropa y volví a clase. El pene le tuve con grandes dolores por mucho tiempo, y se me puso negro completamente, pero no dije nada. Creo que me hubiera muerto antes de que ninguno de mis compañeros hubiera sospechado la verdad, porque había algo de siniestro y secreto en aquellas inclinaciones que sentía. Otros muchachos tenían sensaciones parecidas a las mías, pero no podían ser tan fuertes, porque ellos se reían y hacían burlas sobre ellas, y para mí eran demasiado serias e importantes.

Yo iba al colegio por la orilla del mar, y si antes había estado bien ahora el aire del mar y el ozono convertían mi vida en un éxtasis. Había unas horas por la mañana en que el mar estaba tan tranquilo; que mi alegría era tan intensa, que me parecía un sueño. Y aquellas inclinaciones precoces, aparentemente habían desaparecido y nunca pensaba en ellas.

En el baño los muchachos comparaban el tamaño de sus penes, y aun empezamos a aprender detalladamente que el coito debía ser agradable, por haber perdido su virginidad algunos de los mayores (u ellos así lo decían); pero todo ello era demasiado inocente, cándido é infantil para mi. Una noche estábamos todos en el patio y miramos, a través de la ventana, a una criada. Estaba peinándose, con los brazos y los senos desnudos, pero tardaba tanto en peinarse, que nos cansamos y no

quisimos esperar más revelaciones. Y de aquel accidente, lo que más recuerdo es la hermosura de la noche y la claridad de la luna a través de las hojas de los árboles.

Un día llegó a la escuela un nuevo maestro llamado L.; era un joven pequeño y afeminado, que había escrito en algunos diarios y que era muy vanidoso. Su afición a los libros, algunos de los cuales me prestó, y su aspecto de buen muchacho, me inspiraron simpatía hacia él. Era muy amigo de hablar y de tener quien le escuchara. Con el tiempo empezó a hablarme de cosas que no debiera haber dicho a un muchacho, pero yo le oía con mis cinco sentidos.

Me contó las muchachas que había seducido; un día, estando en la alcoba (yo dormía en su misma habitación), se puso a imitar, como si fuera una muchacha a quien seducen, los gestos, falsos escrúpulos y negativas, para entregarse después, excitando con ello mi curiosidad. Tenía la costumbre de salir por la noche en busca de muchachas, paseando con ellas por la playa o por el parque, y yo estaba despierto hasta que regresaba, para oir el relato de sus aventuras, reales o fingidas. Una noche, al volver a casa y apagar la luz, se apoderó de mí una de aquellas fuertes y precoces inclinaciones que sentía. Con curiosidad febril le pregunté a qué se parecían los órganos de la mujer, qué siente en el acto. El comprendió que yo estaba muy excitado, y vi retratarse en su cara, a la luz de la luna, una expresión de vergüenza. Pero mi fiebre era contagiosa. Me froté contra él, y el no se apartó. Cuando se fué a acostar le seguí. Tenía que hacer algo. Le pasé mi mano por debajo de su camisa, y le cogí el pene; estaba en erección, caliente, y me pareció enorme. Le pregunté si le cabría a una mujer. Mi admiración aumentaba mi lujuria; por unos monumentos estuve loco, y no sabia lo que hacía. Entonces él pasó su afeminada mano por debajo de mi camisa y se apoderó de mi pene, que se había puesto también eréctil. Al principio no sentí nada pero luego, una sensación extraña se apoderó de todo mi ser. Al final quedé como muerto, con su pene todavía en mi mano, y tan pronto me parecía que subía a las nubes, como que caía en lo profundo, dominado enteramente por una excitación completamente nueva. Este, pues, era el objeto —lo que yo *debía* hacer—de aquellos heredados deseos que se habían

apoderado de mí a intervalos, tan lejanos y antiguos, que apenas podía recordar. Pero la excitación, que para mi edad (doce años) era necesariamente lánguida y prematura, pronto llegó a su término, y abandone el lecho con tal reacción de vergüenza, molestia y miseria, que nunca sentí mayor, aun en mi vida llena de miseria y de vergüenza. Por la mañana, cuando me desperté, los sucesos de la noche anterior volvieron a cubrirme de vergüenza y de asco.

Si me hubieran entonces preguntado a que atribuía el terrible y miserable estado en que me hallaba, hubiera dicho que sólo a la vergüenza; pero ahora conozco que mucha de la miseria de aquella mañana debe atribuirse a la molestia, al choque que aquellas sensaciones habían producido en mi cerebro virginal. L. se vistió sin mirarme, y yo sentí que no le podía mirar de frente: salí para desayunarme, vagando por el patio, sin tomar parte en los juegos, hasta la hora de ir a clase, sin que mis ojos hubieran tropezado con los suyos. Por fin, en la clase tuvo que llegarse a mí, me miró con odio y me golpeó por mi torpeza. Fué la primera vez que me pego, y así completó mi degradación. Después no desperdició la ocasión de reprenderme y de tratarme con la mayor severidad. Luego que la vergüenza y el sufrimiento se aminoraron, lo que ocurrió a los pocos días, me dedique a impedir que mis pensamientos se ocuparan otra vez en semejantes asuntos, y entonces fué cuando por primera vez pedí a Dios en mis oraciones que me ayudara a sostenerme en mi propósito. Ocurrió entonces, también, que llegó a mi poder un folleto escrito por un reputado médico de Melbourne, en que se hacía una terrible pintura de las consecuencias del onanismo. Me llenó de temor, y resolví no hacer nunca conmigo lo que me habían enseñado. Pero al mes o las seis semanas después, de la experiencia de aquella noche, estaba en la escuela estudiando mis lecciones por la noche cuando, como si hubieran abierto una espita en mi cerebro, se apoderó de mí aquel antiguo deseo que primeramente sólo sentía con intervalos de años. Ahora sabía ya lo que tenía que hacer. Mi primitiva vergüenza y miseria, mis propósitos, mis oraciones, mi temor por la lectura del folleto del médico, fueron completamente olvidados, no me contuvieron, ni me hicieron dudar un minuto. Como si estuviera hipnotizado, salí de la habitación, atravesé el patio, la cocina, y en el retrete me hice yo mismo lo que el me había hecho.

El día siguiente mi angustia no era tan aguda como la primera vez, mi cerebro era más insensible; ahora sufría más por la conciencia y el recuerdo del folleto. ¿Cómo pude olvidar mis propósitos, mis temores y mis oraciones? ¿Cómo pude? ¿Qué podía yo hacer más que proponérmelo otra vez y rezar a Dios más encarecidamente para que me ayudara? ¡Oh!, no debía volverlo a hacer, o llegaría a verme en el estado descrito en el folleto.

Pero mis propósitos, oraciones y temores, eran siempre olvidados cuando aquella tendencia se apoderaba de mí, y siempre, aunque no me libraba por ello, le pedía a Dios que me mantuviera en mi propósito para no ser onanista. ¡Oh, Dios, eso no!

Entretanto se verificaba un cambio en mi carácter; verdad es que por entonces comencé a dominar y a insultar a los muchachos más jóvenes, y si ofrecían la más ligera resistencia les golpeaba. Pero lo peor que tengo que confesar es el haber inducido a un joven compañero a que viniera a mi cama, enseñándole lo que L. me había enseñado a mí, encontrando que me daba más placer el que alguno me lo hiciera, que el hacerlo yo mismo. Desempeñé el papel de L. y tuve la misma vergüenza y embarazo que él a la mañana siguiente, y traté de seguir el mismo camino tratando al chico duramente, como si su desdichada faz no fuera bastante para recordarla toda mi vida. Lo hicimos más de una vez, lo cual le perjudicó en cierto modo, pues teñía siempre una erección parcial que fue advertida en el baño, aumentando su miseria y mi rabia.

Otra vez me enamoré de una amable muchachita que vivía cerca de la costa. Sus ojos celestiales me cautivaron y una vez más el mar y los cielos me parecían encantadores. Yo la dejaba flores en su ventana y la enviaba recados. Creo que era sugestivo el que yo no tuviera valor para llevarlos yo mismo. La primera vez que ella me dió un beso sentí que mi corazón cesaba de latir. Quizás mi amor era demasiado intenso para mi edad, demasiado precoz, pero no lo creo así. El recuerdo de la luz que brillaba en los ojos de Daisy cuando los fijaba en los míos con amor juvenil, vive en mi memoria como una luminosa vista paradisíaca. Pero

a ella la gustaban los amantes atrevidos, y yo me había hecho extraordinariamente tímido. Ella me dió un dulce beso debajo de un bote encallado en la playa, una vez, una sola vez. Otro día luminoso, en que ella fué expresamente a sentarse en un viejo barco, para esperarme, yo pase muy serio cerca del barco, con paso ridículo y vacilante. Pronto experimenté la amarga sensación de un desengaño.

Por aquella época llegó a la escuela un nuevo compañero. M. era reputado como el entrometido más rico de la colonia, y había razón para ello. Era un muchacho afeminado, siempre oliendo a perfume, con un pañuelo de seda limpio cada día, y apreciando una libra esterlina menos que yo un chelín. Tenía dos o tres años más que yo. Gustaba mucho leer libros como los *Misterios de Paris,* de Rynolds, y me refería los pasajes en que muchachas amables, desnudas, bailaban en lujosos salones delante de los jóvenes bellos y ricos de aquella ciudad o de otra. Sus descripciones me producían una extraña mezcla del sentido de la verdadera y divina belleza y juventud —las muchachas desnudas con largos cabellos flotando a los rayos de la luna—, y el sentido de algo equívoco, algo parecido a las sensaciones que ahora conocía aunque débil y pervertidamente. El mismo muchacho me prestó una copia del *Roderick Random,* de Smollet, y pronto aprendí a conocer dónde encontrar los pasajes licenciosos que me excitaban antes o mientras abusaba de mí mismo. No eran muy licenciosos, no era necesario; yo miraba con amor cualquier bagatela, y hasta miraba los Diccionarios esperando encontrar alguna referencia a las partes genitales de las mujeres. M. no sospechaba mis afecciones; acostumbraba a venir a mi cama y me refería historias lujuriosas, pero era demasiado sano y normal, demasiado harto de diversiones infantiles para imaginar el daño que me hacían.

M. llegó un día de fiesta y me llevó a ver una pantomima (Había deseado hacia mucho tiempo ir a una pantomima, pero nunca me lo habían permitido.) Me parecía soñar cuando pisaba alfombradas escaleras, y alternábamos con muchachas amables que hablaban con dulces y bien timbradas voces, y todavía soñando nos encaminábamos a un "voluptuosos asiento" (palabra favorita de M) con respaldo dorado. De todas las alegrías de las Noches Árabes que vi sólo recuerdo un ligero baile

de muchachas como un cuadro de Degas. Quizás nadie se olvida de su primer baile.

Yo creía que los terribles resultados descritos en el folleto seguirían repentina y desastrosamente al acto, y como transcurrió algún tiempo y vi que aquellos resultados (perturbaciones nerviosas, impotencia, locura, etc.) no se presentaban, empecé a creer que el folleto había exagerado. Y aunque todavía continuaba pidiendo a Dios que me ayudara a romper aquellos hábitos, no lo hacia con la apasionada intensidad que tuve las dos o tres primeras veces; la oración había quedado como estereotipada y la repetía todas las noches por espacio de seis o siete años, pero de una manera descuidada y medio dormido.

El mar ya no me producía la divina alegría que en los primeros años. Ahora sentía más placer leyendo libros referentes al mar, que con el mar mismo, leyendo libros de caballeros, castillos asaltados, doncellas judías, piratas, raptos amorosos y mosqueteros que peleaban. Lei hasta ponerme nervioso y enfermo. Invertí la mayor parte del tiempo en la Librería Pública, gabinete de lectura ideal en aquella época. Vivía más en las novelas de Scott que en mi propia vida, y al leer ciertos pasajes se apoderaba de mi una melancolía morbosa.

Yo estaba siempre buscando alicientes, intranquilo, incapaz de permanecer sentado más de un minuto, deseando siempre alguna excitación, con un deseo excesivo de bagatelas, pero sin valor para despreciarlos. La gente viva no me proporcionaba la verdadera alegría natural, y me enterraba entre novelas y romances, figurándome en medio de mi vanidad, que era enorme, que yo era el héroe que rescataba hermosas mujeres. Mi concepto del amor, bastante extraño, era puro, exaltado y caballeresco, pero estaba siempre confinado en el campo de la literatura. Estaba tan totalmente ensimismado, que los mayores sufrimientos de la vida real no me conmovían, pero lloraba por ficticios disgustos. Estaba pálido, lleno de granos, neurótico y delgado.

Un día, a los catorce años, estaba abusando de mi mismo en un orinal cuando cayó el semen por primera vez. Conocía aquello tan poco,

que creí que me había herido, y me produjo lo que hubiera podido ser un temor saludable, si no estuviera tan fuertemente dominado por el hábito.

Empecé a tomarme más interés por mis vestidos. Pero de toda la belleza de las formas humanas, sólo la mano me gustaba. Una mano hermosa me afectaba fuertemente, bien fuera real o en pintura. De hecho fui un manomaniático. Por la noche soñaba con una hermosa mano flotando sobre una oscura nube. Y aumentaba mi desesperación al ver mi mano más fea cada vez.

Yo estaba destinado a ser arquitecto, pero por espacio de cuatro años, cuando figuraba que estaba aprendiendo una profesión útil estaba leyendo novelas, dibujando caricaturas y retratos y abusando de mi mismo Los compañeros que más influencia tenían sobre mi eran una baraja de cartas francesas, y fotografías tomadas de acuarelas hechas con bastante habilidad representando desnudos o (peor) desnudas parcialmente mujeres y hombres, en toda clase de actitudes lujuriosas. Siempre mostraban las partes femeninas cubiertas de vello, y esto producía en mi tal efecto que siempre me hacían temblar. Quizás no hay parte de la mujer, cuando bien se mira, más hermosa que ésta, límpida, amable y dulcemente sombreada con vello, y las rectas líneas de las piernas. Pero en aquel tiempo estas pinturas me producían una especie de locura. Y cuanto menos naturales eran las pinturas más me gustaba mirarla. Un día, en una tarde tétrica, estando solo en el despacho, se me ocurrió la idea de que acaso podría yo abusar de mí mismo con ayuda de mi boca ; lo intenté y lo intenté en vano, pero al cabo lo conseguí. Y desde entonces aquel fué el modo de masturbarme.

Ahora vivía míticamente para las apariencias. Sólo me preocupaba lo que la gente pudiera pensar de mí. Me estaba siempre mirando al espejo, o espiando la cara de las muchachas para ver qué impresión hacía en ellas. Si parecía que me admiraban sentía un arrebato de loca alegría; si no me sumía en un profundo disgusto. Por pura vanidad y tontería hice el amor a dos muchachas mayores que yo, y las dos aceptaron mis proposiciones. Y entonces viví temiendo que ambas se lo comunicaran porque eran amigas. Por fin llegó lo que era de esperar. No sé si un joven

podía ser o parecer un tonto tan grande como yo lo fui. Una tenía buen carácter, se rió y me olvidó ; pero la otra tuvo un gran disgusto.

Entonces tenía yo diecisiete o dieciocho años. Una joven judía, a la que había conocido antes, con gran sorpresa mía empezó a darme ánimos. Pasé un domingo con ella, en su casa, estando su madre ausente, y me permitió que la besara. Pero descubrí que lo hacia sólo para dar celos a otro joven a quien yo conocía, y los dos comprendimos que se estaba riendo de nosotros.

La criada de aquella muchacha me hizo insinuaciones que no daban lugar a engaño, asomándose a una ventana medio desnuda y guiñándome los ojos, pero yo no me apasioné por ella, o como la mayor parte de los onanistas, cuando las cosas reales se me ponían al alcance, no hacía caso de ellas.

Pero una muchacha de un hotel que yo frecuentaba me miraba con interés y determiné obrar por mi cuenta. La pedí una cita y me la concedió, para un paseo en el jardín Fitz-roy. Al principio estaba muy indignada, pero últimamente consintió, y ya me hallaba grandemente excitado, cuando un hombre, saliendo de detrás de un arbusto, me hizo una observación, que yo no pude tolerar. Le contesté de mala manera, le insulté y acabé por golpearle. Creí que después de esto tendría más suerte, pero la muchacha se había asustado demasiado para nuevos intentos. La encontré otra noche y procuré efectuar mi propósito, pero estaba tan excitado y fosco, que se ofendió. Me figuré que ya era un hombre. No había en mí afección, ni ternura ni amor, aunque la muchacha era muy elegante y realmente me quería. Y fui tan ingrato y tan degradado, que una noche que había bebido algunos vasos de cerveza, conté mis aventuras, y hasta dije su nombre. Las muchachas, por regla general, no me querían; cuando llegaban a conocerme me rechazaban, o echaban de menos el delicado aroma de joven humanidad.

Con un amigo que tuve poco después, Bob H., acostumbraba a ir a los burdeles y hablar con las rameras. Una noche Bob pagó por mí para que me fuera con una mujer "por poco tiempo". La mujer era

bastante vieja, y podía ser mi madre, además, de nada hermosa. Estaba en un puerco lecho, en una sucia habitación, y sencillamente se alzó las ropas, exponiendo unas piernas mal formadas, con peores medias y botas. Deliberadamente apago la vela en una silla que tenía al lado. Intenté acariciarla, pero no lo consintió, ni siquiera me permitió que mirara "aquello" —que había sido siempre uno de mis más ardientes deseos—; ella interpretó mal mi proceder y dijo: "es demasiado bueno para ti, joven ladrón". Yo la di un golpe y dió horribles gemidos. Cuando me reuní con Bob, que había ido a hacer una cosa parecida, sentí como si hubiera tenido algo en la sangre y en los nervios. No podía desembarazarme de ello, y la noche me parecía mas cerrada y más oscura. Pero pretendía que había sido una mujer hermosa, y así se lo dije a Bob.

Después he pasado mi vida más en el campo, y el aire puro me llega alguna vez, aunque débilmente. Estos relámpagos de mejoría vienen con raros intervalos, cuando estoy parcialmente convaleciente, supongo. Un hombre como yo tiene que sufrir cierta serie de malas pasiones, de agitación, de miseria, melancolía y ansiedad, hasta que, si es joven, le cure gradualmente la Naturaleza."